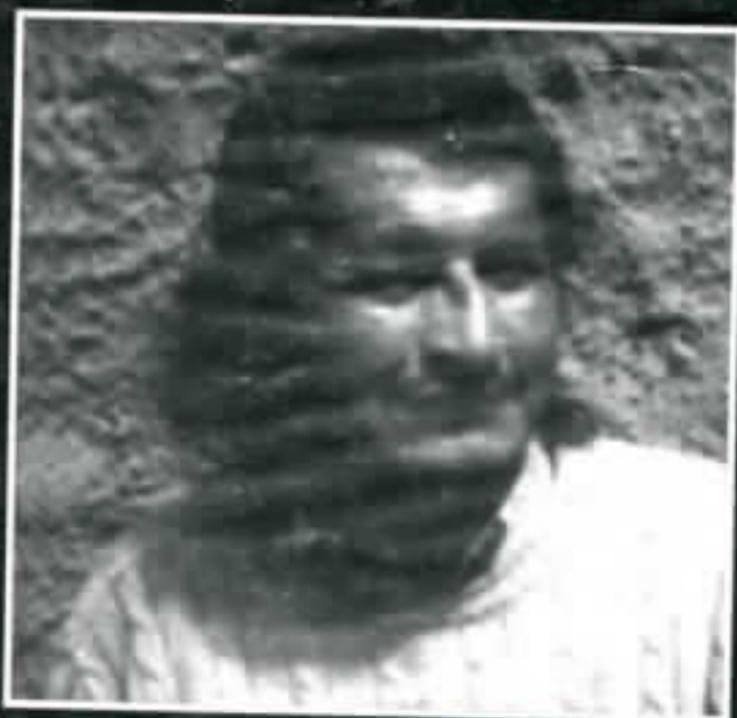


# AVISOS NECROLÓGICOS



VÍCTOR HUGO VISCARRA



Víctor Hugo Viscarra

# Avisos necrológicos

CORREVEIDILE



Avisos necrológicos  
Víctor Hugo Viscarra

© Víctor Hugo Viscarra  
© Editorial Correveidile  
Casilla: 4018, La Paz  
Teléfono: 2230712  
Email: manuelvs@kolla.net

1ª Edición: 2005  
D.L.:4-1-1137-05  
I.S.B.N.:99905-0-818-6

Diseño de la tapa:  
CORREVEIDILE

Diagramación e Impresión:  
Editorial Latina  
c. Mayor Lopera #281

¿Un regalo de los dioses?

(Contra todo prólogo)

Victor Hugo Viscarra, nacido en La Paz el 2 de enero de 1958, es autor de tres libros de relatos, un diccionario del coba y una autobiografía. O tal vez todo sea autobiografía, pues, si una palabra caracteriza su obra, es la autenticidad, de la que él está muy consciente. Y eso es lo que lo hace un escritor ejemplar, más allá de cualquier moda y de vanos éxitos.

Lo pueden acusar de poner en evidencia crudas realidades de la oscuridad de la noche, del margen, del submundo urbano. Otros admirarán su capacidad de narrar con un lenguaje directo, desprendido a un tiempo de sentimentalismos y afanes intelectualistas. Pero nadie le podrá endilgar que escribe de lo que no sabe, como ocurre con cierta literatura de moda.

Quienes lo tratan verán asimismo al ser humano: su ácido sentido del humor y su agudeza, inclusive a costa de sí mismo. Es que él no tiene nada que perder: para transitar las calles y las noches no le hace falta más que lo que lleva puesto, mejor si es una chompa y una chamarra caliente donde puedan caber unos recortes de periodicos, unas hojas en blanco para garabatear, un libro, y en muchas épocas —si no grageas—

*una botellita. Si los papeles comienzan a pesarle, se quedarán en cualquier rincón de un boliche o junto al banco de alguna plaza. Lo que atesora no necesita espacios físicos. Lo cual, si bien a costa de mil renunciamentos y de mucho dolor, nos lleva a destacar su práctica de libertad consigo mismo y de solidaridad con quienes se identifica.*

*Con la nariz y la espalda torcidas por antiguos golpes, de voz firme y lastimada, este señor viene pagando las consecuencias de una vida que él no ha escogido. La soledad y el alcohol, el frío y el hambre, fueron donados por los dioses de las circunstancias: la realidad de un país, de una condición social, la cual, a quienes la reproducen y manejan, hasta ahora les importa un pito.*

Manuel Vargas

## Achaques de la vejez

**L**a puerta del asilo de ancianos se cerró lentamente. Sus goznes chirriaban como chanchos a medio capar, pero nadie se mosqueó, porque se podría afirmar que quienes habitaban allí ya estaban habituados ese metálico lamento. El viejo lanzó un suspiro conformándose a sí mismo por el abandono al que lo habían sometido.

“Esos mierdas nuevamente han hecho que yo los espere en vano”, pensó mientras le sacaba el impuesto a lo que quedaba de su cigarrillo, “y al paso que van las cosas, creo que voy a tener nomás que resignarme a que nunca más vengan por aquí”. Se incorporó lentamente (las fuerzas no le daban para más), y contando las piedras del sendero fue caminando hasta la sala de estar del asilo, para hacer lo único que les permitían en ese recinto: mirar el televisor como opas.

Había perdido la cuenta de las semanas que sus familiares dejaron de visitarlo. La última vez que lo hicieron fue para hacerle firmar tremendo montón de papeles, con los que (así se lo hicieron creer), estaba asegurando los días que le quedaban por vivir. Papeles, para lo que le servían, si lo único que necesitaba era escuchar los fines de semana su nombre para que le

anuncien que tenía visitas. Y las visitas eran una especie de tratamiento extra que él requería para aguantar la rutina que estaba obligado a soportar todos los días. Otro, en su lugar, hubiese perdido la cordura, enajenándose hasta el desequilibrio existencial. Muchos de sus compañeros ya estaban en ese estado, y a todos los consideraban chochos y extravagantes, al extremo de que a veces ni se dignaban mirarlos, o si lo hacían, tal vez era por pena, o puro aburrimiento.

Aburrimiento. Ésa era la palabra que reflejaba todo cuanto él sentía. Estaba aburrido de ser ya un vejeote inútil, pues para lo único que servía (esto se lo repetían a cada rato), era para estorbar y meterse donde no lo llamaban. Sí, ya era un estorbo, ni sus compañeros de sala lo soportaban porque todas las noches se la pasaba tose que tose, impidiendo que los demás pudiesen dormir y descansar.

“Para qué mierdas querrán dormir de noche estos viejos igual que yo, si todo el día se la pasan duerme que duerme”, se decía mientras la modorra se apoderaba de sus párpados, y sus ojos se clavaban en el televisor sin ver nada.

Mientras intentaba dormitar rememoraba los días en que solía mentirse creyendo ser feliz y bienaventurado. Poco a poco salió de su modorra, y mirando a los demás, con una sonrisa cínica musitó quedamente: “Por mí, que se vayan todos a donde ya saben”.

Terminó la tarde y una nueva noche cayó pesadamente sobre la ciudad, especialmente sobre el medio centenar de ancianos que, sentaditos, esperaban pacientemente que sirvan la cena en el comedor del asilo.

La sopa de sémola cayó como una bolsa de agua caliente en el estómago del anciano. Cuando terminó de saborear su vaso de gelatina, volvió a pensar: “Cada día es lo mismo. Nos dan papillas, como si quisieran recordarnos que ya no tenemos dientes, y no tenemos derecho a decir nada, ni siquiera podemos manifestar nuestras tristezas”.

Un tenue dolor le recordó que había olvidado tomar los remedios que le habían prescrito para uno de los tantos achaques que tenía, por lo que, sin que ninguna de las encargadas lo viera, se apresuró en sacar de uno de sus bolsillos un frasco pequeño, tomó entre sus dedos la gragea indicada, mientras una de sus manos sostenía el vaso vacío.

—¡Qué mierdas! —gritó en voz alta—, hoy mismo voy a abandonar para siempre esta porquería, y si todo sale como lo estoy pensando, por fin voy a poder dormir tranquilo, sin tener que soportar todas las noches los ronquidos de estos parásitos.

Nadie prestó importancia a su exabrupto. Lentamente se incorporó. Tras mandar mentalmente a la basura a todos los que estaban reunidos en la sala, caminó hasta la terraza, y una vez allá, subió la baranda de cemento, y, a manera de olvidarse de sus achaques —sin pensarlo demasiado— echó a volar, fijándose como meta el piso de abajo.

## La jodiste, compadre

**A**unque la temperatura debe estar cerca de los 33 grados bajo cero a la sombra, parece que a vos no te hace frío. Claro, con semejante sofocón, tu cuerpo debe estar ardiendo como si estuviera al *spiedo* y tus poros exudando residuos de carbón encendido, mientras tus pensamientos se calcinan porque no sabes cómo vas a salir del tremendo lío en el que te has metido por cojudístico.

¡Cómo se te ocurre cortarle la jeta a la Pastora, si sabes que su primo trabaja en la cana, y desde hace tiempo te tiene bronca por las veces que le rastrillaste los bolsillos mientras él dormía su borrachera en brazos de la Juanita, la dueña del Avión!

Ahora, ni por San Putas vas a poder librarte de las consecuencias de esta huevada, vas a tener que declararte clandestino por un buen tiempo, porque el primo de la Juanita te va a guardar siglos en San Petersburgo, y no quiero ni siquiera imaginar qué es lo que va a hacer mientras tanto. Vos lo conoces, y sabes que es un hijo de nadie. Si hasta a su papá lo quiso grandear cuando, viviendo todavía, se negó a darle la herencia de su casa. Y contigo la cosa no va a ser diferente. No quisiera estar en tu pellejo.

Habiendo tantas ñatas —justo a vos que te gusta aláraquear que eres el más pintón del barrio— se te ocurre hacerle el entre a la Juana, que es más fea que patada en los huevos. Aunque se crea *Miss Qué Sé Yo*, por la plata que maneja, es que se le acercan los llokallas para consentirla y hacerle gastar sus billiquines.

Te repito, habiendo tantas ñatitas, y sabiendo que ella no se quería meter contigo por la famita que te gastas, cómo se te ocurre prolongarle la sonrisa hasta más allá de las orejas... hay que ser bolas para portarse como vos.

Si, ya sé, estabas mula de borracho y no te acuerdas nada de lo que sucedió anoche (aunque eso de anoche es muy apresurado, puesto que todavía no son ni las doce, y justo has venido a despertarme para que yo sea tu toalla lacrimógena). ¿Y por qué siempre tienes que venir a buscarme para que yo escuche tus macanas, y al final sea yo quien te ayude a salir de tus problemas descuidando los míos?

¡Cada vez lo mismo! Cuando te la frunciste a la loca del mercado, a esa pobre mujer que vive por obra y gracia divina, quien te salvó de morir linchado fui precisamente yo, aunque por abogado defensor, estuve a punto de morir junto a vos, porque corrió el rumor de que era tu cómplice. Y ahora, ni te acuerdas de la loca para ayudarla un poco con el crío que lleva entre sus brazos.

O aquella otra vez, cuando le pelaste todas sus cosas a don Tobita, que tenía una de las tiendas más surtidas, y hasta ahora no puede reponerse económicamente. El *k'aivito* me hizo llorar de pena, porque te llevaste hasta las medallas que su hijo había ganado en el colegio.

Ahí sí que, si te agarraban, la ibas a pasar bien fulero, porque por varios días la policía te buscó por el barrio, mientras vos te habías ido a Santa Cruz a gastar como loco lo que locamente y centavo a centavo había ahorrado don Tobita durante toda su vida. No sé cómo habrás arreglado ese asunto, lo que sí sé es que el único cojudo que se animó a garantizarte fui yo, y ahora, nuevamente, quieres meterme en tu baile, donde, al final, ya sabemos quién va a sacar la cara por vos.

No sé si tengo cara de manso, o si desde el principio pensaste "a este perejil me lo puedo *chuchur* las veces que se me antoje". Ya me estoy emputando de esta situación, y te advierto que si el primo de la Pastora me quiere meter en esto, ahí si te jodiste compadre, porque yo le voy a cantar todas tus huevadas. Hasta ahora no me olvido de las maldades que me has hecho y, como santo sin vela, yo me las he aguantado.

Ya había escuchado que el hachazo en la escarria de la Pastora es bien fulero; cuando la han costurado en la Asistencia Pública, su mejilla tenía más puntos que su libreta de calificaciones. Así que nomás tienes que alistarte para bailar con la más fea en una fiesta a la que vos solito te has invitado.

Lo siento, caballerito, por esta vez no voy a poder salvarte. No puede ser que yo tenga que estar quemándome cada vez por un cuate que, lejos de ser un punto de apoyo, solamente me busca para que remedie sus macanas. Ya sé que los amigos son para toda ocasión, pero, me has llegado al huevo. Si hubieses sido un poco más inteligente, hace rato te hubieses marchado; como la Pastora sabe que yo soy desde anoche tu ex amigo, quedó en venir junto con

su primo a hablar conmigo, y si no me equivoco, ellos deben ser los que están golpeando la puerta en estos momentos.

¡Ah, cuatecito, qué lamentable saber que así como le jodiste la vida a la Pastora, también jodiste la tuya, y ahora de ésta creo que ni tu ángel de la guarda te salva!

Ojalá que cagues bien fulero, te mereces eso y mucho más todavía, porque por muy calentona que haya sido, ella era mi ñata, y vos, compadre, jodiste nuestro romance.

## La mujer de todos

Tengo que reconocer que me he vuelto un sentimental porque, de buenas a primeras, siento que todos los males que aquejan al mundo, en parte son culpa mía, y el no haber hecho nada para evitar que se propagasen —mientras mi mirada impotente se pierde en el horizonte y la desazón invade mis coyunturas— me hace sentir como perro apaleado. Escribo esto porque hace unos minutos, cuando mis pasos me llevaban quién sabe hacia qué derroteros, una voz me llamó desde el portal de una puerta pidiéndome que me acercara. Por el timbre de la voz, deduje que era una mujer y, ya cerca, mis ojos no reconocieron a la dueña del llamado.

Era un guñapo de mujer. Sus ropas, tan viejas como todas las ropas de la tercera edad, trasudaban un tufillo peculiar que daba a entender que el aseo no las había visitado desde tiempos pretéritos. La dueña era similar a su vestimenta y, cuando mis ojos se encontraron con los suyos, una especie de impotencia reprimida me acometió de improviso, porque recién reconocí a mi amiga la Maxicha, a quien, por las proporciones de sus hombros y espalda, también conocíamos como la King Kona. Nuestras manos se estrecharon a manera

de saludo, mientras un pálido “hola” se perdía entre el bullicio ciudadano. Mis recuerdos recién afloraron como si fuera tan sólo ayer cuando...

Yo era chico todavía, mientras que ella ya estaba por sus treinta y tantos años, los cuales habían sido generosos con su físico, al extremo que la cicatriz que le cruzaba por una de sus mejillas, lejos de afearla, le daba una especie de toque sensual, y los hombres (reitero, yo era chico todavía) se la disputaban para mantener con ella amores clandestinos y fantasiosos, siempre y cuando los candidatos tuvieran el suficiente efectivo para cancelarle por sus servicios prestados.

Para entonces yo era el ayudante oficial del Acróbata de las Alturas, vale decir de don Fauster. Mientras descansábamos nuestro medio día, pensando emprender la tarde para seguirle dando a las brochas y pinturas, ella, la Maxicha, hizo su aparición en el patio. Tras acercarse a ambos, le lanzó tal sonrisa a don Fauster que éste, sin defensa alguna, sólo atinó a mandarme a comprar dos cervezas para invitarle unas copas a la señora que tan gentilmente se nos había acercado.

Demás está agregar que a mí tan sólo me dieron unas dos copas, y tras mandarme nuevamente a comprar más cerveza, don Fauster me dio la tarde libre, porque, según él, tenía cosas importantes que hablar con la Maxicha. Y como para ese entonces yo no sabía qué de importante podían hablar entre dos personas como para que me manden a volar de allí, creo que me fui al cine aunque, honestamente, no me atraía en lo absoluto.

Creo que fue una mañana de invierno, cuando el sol intentaba inútilmente devolverme el poco calor

que la noche me había arrebatado, cuando mis pasos me llevaron hasta las inmediaciones del Mercado Negro, para allí intentar comer algo acorde a los pocos centavos que pugnaban por escapárseme de los bolsillos en pos de las alforjas de las cantineras. Entonces me encontré nuevamente con ella. Si bien su rostro aún conservaba la cicatriz que tantos desamores había causado entre sus furtivos amantes, sus caderas habían desaparecido ante el avance implacable de una gordura que desfiguraba esa figura que tantas pasiones despertó en sus años mozos.

Con un poco de suerte había logrado ser una especie de ayudante de cocina de una de las tantas vendedoras de comida que abundan en ese sector. Como ella siempre se había hecho la remilgosa en las artes culinarias trataba, sin conseguirlo, de ocultar la vergüenza que esa labor le causaba. Aunque, pensándolo bien, debería haber sido yo quién me abochorne porque las monedas que tenía en mis bolsillos simplemente alcanzaban para dar limosna y no para servirme un plato de comida.

Los días y los años siguieron pasando, y a medida que su paso se reflejaba en mis cansadas espaldas, otros soles y otras lunas vinieron a iluminar mi derrotero intrascendente. Conocí muchas personas y animales, y siempre me solidaricé con estos últimos porque al menos no me iban a dar la dentellada por la espalda. Bebí de las copas del olvido y el olvido se olvidó de sus designios; y cuando el paroxismo quiso llevarme hasta el borde de la locura y el suicidio, bebí de mi copa para extraviarme y no ser pasto de esos fatídicos designios.

Las madrugadas son especiales en la ciudad de La Paz, porque uno se puede quedar dormido para siempre y no podrá acudir al templo de San Francisco a dormir su cansancio entre las misas de 7 y 8 de la mañana. Fue precisamente una de esas mañanas de domingo, cuando las beatas se persignaban porque dentro del templo había herejes que con sus ronquidos no permitían escuchar las jaculatorias del sacerdote, cuando abrí mis ojos y descubrí que a mi lado también estaba durmiendo la Maxicha, que, al igual que yo, entre ronquido y ronquido, dejaba escapar su tufo etílico inconfundible.

Cuando uno de los hermanos franciscanos nos "invitó" a salir inmediatamente del templo, fuimos a sentarnos en las gradas del convento para que, a manera de calentarnos con los pálidos rayos solares, nos contásemos qué había sido de nuestras existencias ahora que ambos vivíamos prácticamente en la calle.

Yo le dije, con mi silencio, que la necesidad intensa de saberme cobijado en un cuerpo femenino estaba destruyendo de a poco mi escuálida existencia; y ella, con esa voz que dejaba sentir que aun la libidinosidad no la había abandonado, quiso ser quien llenase ese vacío. Mas, la otra necesidad que ambos experimentábamos y que solamente con alcohol se la podía saciar, vino a recordarnos que más cómodos podíamos estar en el interior de una cantina que en plena plaza de San Francisco, donde hasta cabecear de sueño era mal visto.

Un anónimo compañero de farra, tan anónimo que no recuerdo realmente quién era, en alguna oportunidad me dijo que la Máxima creía tener las respuestas

a todos los interrogantes, encerradas entre sus piernas. De ser así, no se explicaría que muchísimos hombres que horadaron sus entrañas hayan quedado más desubicados que quiltro en jet, y que tras haber vencido los vahos etéreos del licor ingerido hayan quedado más vacíos, mientras ella seguía en su búsqueda de otras emociones y otros desvaríos.

Fueron muchas las jornadas, tantas que hasta la memoria me es esquivada, en que de mis labios salió un "salud" mientras mis manos llevaban a mi boca una botella percutida de tiempo llena de alcohol aguado. Mis compañeros eran otros parias similares a mí, tanto en su pobreza material como en su dejadez espiritual. En varias de esas jornadas la Máxima nos acompañaba, tanto porque era necesaria la presencia de una mujer en el grupo, como para que, evitando ser el blanco de las críticas de la gente normal, ella pudiese servir para desahogar aquellas pasiones tan personales que no nos diferenciaban en nada de los perros en estado de celo.

Estando en compañía de ella y de mis otros compañeros de vicio e infortunio, a manera de matizar nuestras insípidas conversaciones diurnas (esperando la llegada de la noche) y nocturnas (esperando la llegada de la madrugada), rememorábamos los tiempos no tan lejanos en que ella hacía tabla rasa con los incautos que caían doblegados ante los misterios que encerraban sus entrañas, y que ahora, cuando la veían, esquivaban la mirada para observar a otras mujeres que no tuviesen los encantos tan derruidos y maltratados.

Sí, reconozco que me costó mucho reconocer a mi amiga Maxicha, alias la King Kona. A pesar de

haber vivido en su compañía tantas jornadas donde se mezclaban la mendicidad, la auto humillación personal y el abandono, la primera imagen que yo guardaba de ella era la de la mujer que solía caminar por las calles pavoneando ese cuerpo que pródigamente la naturaleza le había otorgado. Y ahora, así como el frío del Illimani se empecinaba en teñir de blanco mis pelos, ese mismo frío se había encargado de envejecer su cuerpo y sus esperanzas. Se había sumergido de tal manera en el infierno del alcohol y el abandono, que cuando se dio cuenta del peligro que corría, prefirió tomarse unos tragos más de lo establecido, con tal de ahuyentar el espanto que se quería apoderar de su rostro.

La vida (o un remedo de ella) parece que la ha castigado más de la cuenta. Es cierto aquel dicho de que todo lo que se hace en esta vida, en esta misma vida se paga; y ella ya ha debido pagar todos los pecados cometidos hasta por los de su octava generación. La piel de su rostro está percutida de sombras y de suciedad. En sus labios, de donde antes salían palabras melosas y promesas de desvaríos sensuales, una costra dibuja la huella de besos robados o de alguna enfermedad cutánea. Un fino hilillo de saliva fluye lentamente por entre sus dientes, mientras sus manos buscan afanosamente en sus bolsillos (que ya no conocen billetes ni recuerdos) la pócima existencial que la devuelva al mundo de lo irreal, donde es más fácil recordar lo que uno era, sin reconocer lo que se es en la actualidad.

Ha pasado tanto tiempo... Recuerdo que mis compañeros de farras y de amanecidas todavía se

peleaban para meterse con ella en los recovecos del caserón donde están las oficinas de la Mutual de Ex-combatientes de la Guerra del Chaco, y gozar de los placeres que no podían escenificar con las mujeres que al pasar al lado de ellos solamente les brindaban sus desprecios y muecas de asco.

Viéndola a plena luz del día, cuando el sol no permite que uno se mienta con la mirada, la Máxima es tan sólo una mujer que vivió aceleradamente su existencia; de tanto apurarse, se olvidó de recoger lo bueno que la vida le iba enseñando a cada paso.

Hay en su mirada una tristeza plasmada en cada una de sus pestañas. Esa mirada al vacío le dice a uno tantas cosas, que el entendimiento es inútil para comprender. Por ejemplo, a mí me habla de penurias y desengaños, cuando fueron otros los que gozaron de sus secretos y caricias dejándola más vacía que las botellas de trago que a cada momento echa hacia sus intestinos. También me habla de aquella maternidad que el destino le negó, y que cree reencontrarla en mí o en cualquier otro desarrapado que se acerca hasta ella no para manosear sus carnes fofas, sino para recibir esos sentimientos que desde niña ha guardado, y que de tanto prostituirlos terminó convirtiéndolos en sentimientos obscenos y no realizables.

¡Han sido tantos los hombres (y algunas mujeres también) que han pasado por el cuerpo de ella, que faltan dedos en las manos y los pies para enumerarlos! Las malas lenguas me contaban que mi amiga se había enamorado perdidamente de muchos de ellos, a sabiendas que después del frenesi iban a desviar la mirada, así como lo están haciendo en la actualidad. Les causa repulsa esta mujer que antes les despertaba

la virilidad contenida, que ninguna otra mujer podía calmar.

En las jornadas interminables en que el alcohol era el único vínculo que mantenía fresca nuestra solidaridad, yo la observaba. Al agarrar la botella de trago, que momentos antes había tenido entre sus labios, algún otro del grupo, se solazaba estúpidamente jugueteando con el cuello, como si quisiera arrancarle al insensible cristal el calor de la boca del que bebió anteriormente.

Aunque su boca había besado infinidad de bocas, y el paroxismo la llevaba hasta la antesala del placer y el abandono, ella tenía necesidad de sentirse amada. Las consecuencias la tenían sin cuidado; acaso la desmitificación de la cigüeña explique que ella no haya tenido hijos, aunque muchos de los niños abandonados que suelo ver en las calles, tengan las mismas características físicas de la Maxicha.

Cierta vez, en pleno combate etílico, llegó a nuestras manos una revista pornográfica a todo color; varios de los que estábamos reunidos en la plaza San Sebastián, dijeron que por la noche escenificarían con ella todas y cada una de las escenas registradas en la revista. Cuando Máxima oyó de esos preparativos, riendo a carcajadas les dijo:

—Por mí no hay problema, pero, dudo que entre todos ustedes me puedan aguantar cinco minutos.

Al día siguiente, todos sabíamos que ella no nos mintió.

Cada vez que le venía esa su risa desenfadada y mordaz, sabíamos que era el preámbulo de una crisis en que terminaría llorando amargamente mientras nos mandaba a todos a la mierda y nos enrostraba

que, cada día que pasaba, nosotros la hacíamos sentir más sucia todavía, que los trapos que cubrían su cuerpo estaban limpios comparándolos con la suciedad que le envolvía el alma.

Por eso me embargó ese sentimiento desconocido hace algunos minutos, cuando nuestros caminos se volvieron a encontrar mientras yo caminaba distraídamente, y ella estaba sentada en una puerta de calle tratando de dormir. Sus palabras (¿Te acuerdas, hijo, cuando hace años yo era más bonita, y los hombres se peleaban por mí?) me llenaron de desazón, porque presentí que serían las últimas que me dirigiría. Se podía sentir que cerca de ella la guadaña de la Parca estaba terminando de cortar los hilos que la ataban a este mundo...

Tengo el presentimiento que la persona que está golpeando la puerta del cuarto que me sirve de morada, me va a dar la noticia que mis oídos se negarán a escuchar, y mis labios se cerrarán herméticamente para no elevar una plegaria por su eterno descanso.

## Esperanza al borde del abismo

*In memoriam de las amigas que  
hasta ayer fueron y hoy no son.*

Cuando sintió aquel aliento tan pesado y fétido posarse sobre su boca, ella creyó comprender que una especie de peregrinaje no muy halagüeño había comenzado sobre la tierra. Hizo un intento de apartar su boca de aquella otra que, babeante, se acercaba, pero le fue imposible, los dos brazos del hombre se aferraron a su cabeza, y sin darle tiempo a pensar en nada, casi le quitaron la respiración. Luego esas manos ajenas comenzaron a recorrer torpemente su cuerpo. Quiso gritar pidiendo que alguien la ayudase en aquel trance, pero eso era lo menos recomendable en aquellas circunstancias, pues le habían advertido minutos atrás que, si se oponía a lo que debía suceder ineludiblemente, las cosas iban a empeorar perjudicándola aún más.

Maldijo el momento en que había abandonado para siempre la casa de sus padres adoptivos, presintiendo que cualquier intento de regreso era más que imposible. Con una especie de desesperación notó que estaban rompiendo sus prendas íntimas, y un vientecillo frío le acariciaba sus partes púdicas. Mor-

diéndose los labios hasta hacerse sangrar, gimió al sentir que le desgarraban todo el cuerpo y, aguantando las lágrimas, pensó que aquello no era más que una horrible pesadilla de la cual iba a despertar en cualquier instante.

Pocas horas antes había sido sorprendida por dos personajes mientras dormía su cansancio en uno de los bancos de la plaza. Habría sido pasada la media noche, porque cuando abrió los ojos, notó al instante que todo cuanto le rodeaba estaba desierto y abandonado. El frío le recordó que su ropa no le proporcionaba el calor suficiente, por lo que, casi sin proponérselo, comenzó a temblar convulsivamente, y ella sólo atinaba a cruzar sus brazos sobre su pecho intentando evitar que escapase el poco calor corporal que le quedaba.

Le habían pedido su carnet de identidad, y, claro está, ella no lo tenía. Mientras vivió con sus padres adoptivos, éstos nunca se preocuparon de proporcionárselo. Ahora sintió la falta de ese documento para afrontar los problemas con la pareja de individuos que tenía enfrente.

Le preguntaron todo con respecto a su vida y de las existencias de quienes hasta hacía dos días atrás habían formado parte de su núcleo familiar. Una vez que ella les hubo relatado su versión, una risotada le hizo entender que sus oyentes no le creían nada de nada.

—Cómo es posible —dijo uno de ellos—, que la hija de una persona decente esté durmiendo en la calle a esas horas.

Le ordenaron que se ponga de pie y que caminase junto a ellos, la iban a conducir hasta un centro de menores.

Cuando sus pasos comenzaron a transitar por callejuelas mal iluminadas y desiertas, ella comprendió que su mundo infantil se había derrumbado, y que mil mundos desconocidos le abrían inmisericordemente sus puertas.

Un letrero mal iluminado y perdido en una vetusta pared anunciaba la presencia de un alojamiento. Como una autómatas entró en su interior, porque eso era lo que le habían ordenado sus captores; mientras uno de ellos se acercaba hasta la administración, el otro se quedó con ella, y una de sus manos se ciñó a su talle abrazándola como si fuera su enamorada.

—Listo —dijo el primero, y mientras le mostraba a su compañero una solitaria llave, agregó: —Oye, pasaremos, el amigo nos ha prestado la pieza por media hora.

Caminaron por un pequeño pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación, y tras abrirla entraron, al tiempo que la mano de uno de ellos encendía la luz, y su otra mano se deslizaba por las posaderas de la muchacha.

Minutos después, cuando el hombre se levantó jadeante de encima de su cuerpo, sin darle tiempo a que se recupere, el otro se tendió sobre ella (mientras su compañero estaba ocupado, prestamente él se había desvestido), y ella comprendió que todas las cosas que le habían contado sus amigas de colegio acerca de la primera vez, no se podían comparar con lo que en esos momentos estaba viviendo. No había escuchado que le recitasen versos en el oído, ni que mil sirenas épicas le cantasen himnos de amor y de gloria. No hubo nada de eso, sólo salvajismo y movimientos bruscos. En vez de sentirse transportada

hasta el cielo, fuertes dolores la ataban a la tierra, mientras su cuerpo soportaba fieras embestidas que nada tenían de poéticas.

Cuando el segundo hombre se echó a su lado, ella se sintió la mujer más sucia que pisaba la tierra. Minutos después, contempló casi sin ver a los dos hombres que parsimoniosamente se arreglaban sus ropas, y ni siquiera le dio las gracias al que le arrojó unas monedas sobre la cama, puesto que sus manos seguían protegiendo aquel pecho que ingenuamente ella creía que aún estaba puro.

Lentamente se levantó de la cama, y cuando se colocaba nuevamente sus ropas, sintió que otro hombre ingresaba a la pieza, y que tras apagar la luz, se abrazó a ella obligándola a recostarse sobre el camastro. Fue entonces que Esperanza perdió la fe en los seres humanos, y entendió perfectamente que su infierno recién había comenzado.

## La señora del acuario

**R**ealmente ella es un espécimen demasiado raro y controversial. Pertenece a una gran familia piscícola, aunque sus ojos están eternamente pintados de rojo y las lagañas que los cubren no dejan apreciar del todo su mirada soñadora.

Una especie de protuberancia hace que cualquier extraño repare en ellos antes que en el resto de su cuerpo. Aunque lo que realmente debería destacarse es esa su lengua triperina, vale decir que sirve para hablar mal de los demás, difamar y hacer bailar a personas que nada tienen que ver en sus asuntos. Sus maledicencias, injurias e intrigas ya le han costado más de una sacada de mierda, y ni aun así ella ha puesto un freno al alocado funcionamiento de esa parte de su boca.

Aunque no tiene ningún rasgo felino (de ser así, ya se hubiese devorado a sí misma en defensa propia), sus ojos brillan cual linternas nocturnas cuando pasea su mirada por el interior de La Tregua. No hay detalle que escape a su inquisitiva oteada, porque solamente a su escamada personalidad le está permitido enterarse de todo cuanto sucede o no en el

interior de las cantinas, antros, boliches, tugurios, bares, lugares de diversión, miradores, mercados y puestos de venta, y nadie puede osar siquiera de todo cuanto gira y pasa en torno de ella. Hasta el suave soplo de la brisa es notado por sus oídos, mientras su privilegiada memoria toma nota de los mínimos detalles y sus tres lenguas se preparan para trabajar sin medida ni clemencia.

Aunque, pensándolo bien, siempre resulta ameno hablar con ella. Mientras nuestras orejas sienten las espinas que emanan de sus palabras, y como no es afecto a leer la crónica roja ni a escuchar programas policiales, uno se puede poner al día en todo lo concerniente al campo cuento *k'epístico*, generalmente sazonado con aditamentos producidos por esa cabeza que, teniendo mucho de pez, más se asemeja a la de una gorgona, por la cantidad de víboras viperinas que tiene por cabellera.

Para compensar, las malas lenguas le adjudican una serie de romances con personas que no tienen nada con pescadores ni nautas. Siempre mantiene el espíritu libre porque, como diría mi abuela, donde cabe uno, tranquilamente pueden haber más. Y al final, creo que ella estará de acuerdo conmigo si anoto que cuando un galán ocupa el lugar preferencial dentro de un corazón femenino (vale decir el de una catedral), poco importa la presencia de los otros que solamente pueden aspirar a simples capillas.

Y si hacemos una relación de cuántos habrán caído por obra y gracia de sus espinosos encantos (que no se le notan para nada), el Santoral Católico puede aumentar sus páginas con la inesperada aparición de tantos mártires y santos, que pasaron a engrosar

el número de víctimas de un sinfín de pasiones no correspondidas, despechos sentimentales, amarguras existenciales, dolores del alma, emociones pisoteadas, corazones destrozados y otros achaques. Sopesando esos sacrificios, seguro que habrían sido beatificados en vida, por los vía crucis que pasaron. Escribí beatificados, no crucificados.

Mas, creo que no hay que ser tan severo en este tipo de apreciaciones, porque se corre el peligro de ser merecedor de las frases y contra frases que ella suele verter. Y como de un tiempo a esta parte es mejor vivir en paz, lo mejor es irse a comer un plato de *jok'ollos* fritos, desescamados y sin espinas, adobado con harto arroz y fideo, pero sin llajua, para que no nos pique la lengua.

## La Yuca de Nerón

**S**abido era que de tanto joder, al malacara ese de tu amigo le iban a achurar la panza, y que si no le han medido el aceite, tal vez ha sido porque la persona con la que se ha peleado tenía mala puntería. Y es que ya se estaba pasando de conchudo, al extremo de que creía que todos tenían la obligación de invitarle tragos, y solito se lo tomaba, mirando bien fulero a los que querían servirse un sorbo, sin que le importe para nada saber quién era el que había comprado la jarra.

Y ojalá ahora aprenda que si uno quiere mamarse hasta las patas, necesariamente tiene que comprar su trago. Porque está bien que se le invite una, hasta dos copas, pero que venga a cada rato a hacerse el machito con los que son más peines que él, en algún momento tenía que llegar al límite.

¡Feito nomás le han abierto, hasta llegar a los chinchulines! Si hubieras visto, tu cuate estaba casi desnudo haciéndose el galán, y cuando le achuraron, como boca se le abrió su estómago, la grasa apareció blanquita como el algodón y después, la sangre empezó a salir como chorrera. Ha debido perder por lo

menos unos nueve litros de sangre y medio litro de alcohol. Y casi todos los que estaban en la cantina se han salido a la calle para no comprometerse.

Para el nombrecito que se había puesto, La Yuca de Nerón, creo que esta vez ha sido a él al que le han metido la yuca, tanto por su herida como por el trasero, y lo más sugestivo de esto es que la persona que le ha dado su estate quieto y no molestes, casi nunca viene por estos laredos, por lo que tampoco nadie sabrá qué se llama o dónde vive.

Ni modo, ojalá alguien le ayude a ir hasta una posta médica para que lo curen, o en el mejor de los casos, lo lleven donde un zapatero para que con su máquina le costuren semejante cuero que tiene. Aunque en este último caso tendrían que hacerlo con harto cáñamo.

Mejor nos tomaremos nuestro trago y vamos a otro boliche, porque por culpa de tu cuate, por hoy día, este antro ya lo han quemado. Eso sí, cada cual se paga sus tragulines, y está prohibido manguear.

## La Flauta Dulce

**Y**a están vendiendo en los mercados, a dos pesos cada una, pequeñas flautas dulces de plástico, que a más de un *llockalla* mal entretenido lo va a convertir en un asesino de la música y del *bel canto*.

Pero, ¿qué tienen que ver estas flautas con este desvario que les estoy contando?, ¿acaso se pueden comparar con aquellas otras flautas que conozco, y que de dulces solamente tienen la boca? No me puedo imaginar una de las verdaderas flautas tocando una flauta dulce, cuando sus manos y sus bocas solamente suelen tocar cosas que sí les puede rendir dividendos, y llevarlas hasta el orgasmo (si es que aún lo experimentan).

La Morocha era una de ellas. Te podía sacar hasta la última reserva de placer mental, siempre y cuando le hayas caído bien y que hayas forrado adecuadamente su cartera. ¡Cuántos giles quedaron pobres antes y después de ella, tras haberse demostrado que verdaderamente ella era una sirena escapada del océano!

Y no era para menos, porque con ese cuerpo que hasta *Miss Pelotas* envidiaría, y esa carita que de cara no tenía cara, porque era pura belleza, y esa pechuga

que ninguna gallina avícola igualaba, y con esas caderas y piernas que hasta mi hermanastra lloraría por tenerlas, hasta un seminarista faltaría a su voto de castidad, con tal de fornicar con ella entre sus pensamientos.

La Morocha (le decíamos así por su afición por los negros y morenos), era tan macanuda, que si hasta ahora no se había casado, era porque aún no había encontrado al morocho de sus sueños libidinosos. Ella era algo así como un patrimonio del barrio, terror de la beatas (aunque no lo crea, en nuestro barrio también tenemos viejas beatas, y de las más emputantes), tormento de los *k'aivitos*, fuente de inspiración para los changos que no tenían chicas ni plata, y motivo de enojo para las señoras que se lamentaban porque la naturaleza no había sido generosa también con ellas.

Nunca se la vio con algún tipo que cumpliera los requisitos de ser el dueño de todo cuanto ella tenía guardado en su cuerpo. Es más, en las cantinas del barrio, los camotes sin suerte siempre alardeaban de haber estado perdidos entre esos brazos buscando lo que con tanta desesperación habían perseguido. La Morocha, cuando se enteraba de esos chismes, solía decir que mientras más sufriesen esos desgraciados, ella podía vivir más tranquila, ya que nadie —si no los escogidos— podía perturbarla mientras disfrutaba de sus telenovelas tejiendo las janantas para su hijo que tardaba en llegar. Y cómo no iba a tardar si ella se cuidaba como monja con cinturón de castidad, y con sus no tan ocasionales galanes —más de uno lo contó—, solamente les permitía la puntita y nada más.

Le gustaba vivir como millonaria de barrio pobre, alardeando ante los demás de cosas que el resto no tenía, y gastando desafortunadamente lo que conseguía con un guiño y un beso lanzado al aire rumbo a la boca de un gil con plata. La tela de las faldas que usaba amenazaban a cada instante con romper las costuras, porque el balanceo de sus caderas alborotaba hasta al adoquinado de las calles.

Aunque ha hecho llorar a varios giles, a mí nunca me ha hecho bailar y zapatear, porque, aunque tengo también mi corazoncito pornográfico, tenemos nuestros secretos que guardamos secretamente no sé dónde. ¿No me lo creen? Me vale culo.

Y es que la Morocha no es una mina cualquiera. Ella es harina morena de otro costal, y aunque sus papás la han fabricado esmerándose en exceso, conozco minitas que se mueren por tener de ella aunque sea la mitad de sus pechugas. A falta de una tiene dos, y cada una de ellas vale su precio en oro de Corocoro.

A veces me imagino que la Morocha ha servido muchísimas veces de fuente de inspiración para todos aquellos *llock'allas* que, al no tener las agallas suficientes como para decirle todo cuanto querían recibir de ella, por las noches, gozando de la complicidad de las sombras y el silencio, almidonaban sus sábanas recreando en sus mentes la película "Cinco dedos de furia".

Una mañana, cuando sentí que de una anónima cantina alguien me llamaba por mi nombre, escuché un vocerío que nacía en la esquina vecina. Como soy semi curioso, me acerqué para contemplar el bonito espectáculo que protagonizaban varias viejas ociosas que frenéticamente vociferaban en contra de la

Morocha, a la cual, el epíteto menos ofensivo era el de flauta.

Le pregunté a mi abuela —que, para los que no la conocen, también es la mamá de mi papá— qué significaba eso de flauta, y ella solamente me dijo:

—Flauta, es una especie de quena y a las mujeres que las tocan mucho se las conoce con ese nombre.

Debo reconocer que no me convenció mucho que digamos, hasta que la misma Morocha fue la encargada de darme el verdadero significado, lo cual me llenó de contento, porque coincidía con lo que yo me había imaginado.

Por eso esta mañana, cuando un vendedor ambulante perifoneaba sus flautas dulces, me vino a la memoria aquellos días no tan lejanos en que aprendí a perder mi inocencia sin que me provoque trauma alguno. La única flauta dulce que toqué fue la Morocha, y desde entonces, ni mil chancacas pueden igualar en mi boca ese sabor agridulce de su boca.

## No era el puñal sino la herida

Una de las minitas más problemáticas que hay en las cantinas de Chijini es la Mechy. Para meterse con ella hay que tener una paciencia kilométrica, y aguantar hectolitros de trago, porque ella chupa como esponja agujereada, y le encanta meterse en problemas, de los cuales suele salir casi sin ayuda de nadie.

Y aunque digan que ella es lesbiana, que le gusta el relajo, y que de paso tiene una hija que se parece a uno de los casi cien machucantes que ha tenido, el sólo tenerla sentada al lado de uno, basta para alborotar las escasas hormonas que quedan, y hace que se la vea como algo más importante que una simple mujer. ¡Tiene buena pierna la chota! Aunque pensándolo bien, más que la retaguardia, lo que a uno le interesa es la vanguardia, ese sector que más nos importa a los hombres, y hasta a los que no lo son.

Con sus casi treinta años que no se le notan en el cuerpo (vaya que es fanático el transcriptor de esta historia, que a cada momento escribe "cuerpo", como si estuviese necesitadito), ella ha trajinado todo cuanto debe transitar una persona, y se las sabe todas, por lo que es muy difícil que alguien se la quiera mamar como a teta.

El cabello recortado le da un cierto toque varonil que ella aprovecha muy bien para engatusar a las ñatitas, a las que se carga quién sabe adónde para darse una especie de festejo con esas inquietudes varoniles que persisten en vivir dentro de ella.

Mucho se ha conjeturado acerca de sus posibles habilidades amatorias, cuando está mareadita, le gusta *llauk'arar* a las amigas que están farreando con nosotros, sin que le importe si están o no acompañadas de sus galanes. ¡Las veces que me ha habré hecho tremendos *prablems* por esta su actitud!

Una noche, mejor dicho, una madrugada, ella se encargó de recordarme que no por el hecho de ser varón, yo podía darme el lujo de menospreciar a las demás personas que tenían ciertas habilidades especiales. Y la cuestión fue muy simple. Estábamos tomando nuestros tragullos en Las Carpas, serían las doce de la noche, o tal vez faltaban doce horas para el mediodía; la Antonia, que es otra a la que también le gusta cargarse pichochas, le estaba echando el ojo más de la cuenta a la Mechy, como si estuviera pensando: "ese cuerpito me lo como más tarde". La Mechy, que estaba sentada a mi lado, aprovechando que la Antonia fue al baño a orinar de parada, me dijo en voz baja que nos fuésemos a otra cantina, se sentía incomoda con la presencia de la otra tortillera.

Antes que la Antonia regresara tras haber ido a realizar los menesteres propios de las personas que están tostándole fuerte, salimos de Las Carpas y nos fuimos directamente hasta el Averno, para seguir lestrozándonos los dos solitos y sin la presencia de gente que no nos cayera tan bien que digamos.

Dicho y hecho. Casi a la media hora los dos ya estábamos cómodamente sentados en uno de los reservados del Averno tomando nuestros calentaditos; como el local estaba semi vacío o semi lleno, aprovechábamos cualquier momento para demostrarnos nuestro alcoholizado romance, como si fuéramos los actores de un culebrón televisivo, o dos animalitos sedientos de placer y de algo más todavía. Y vaya que ella besaba como succionador con esa boca de negra que tenía.

No sé a quién putas le estoy contando que la Mechy es una de las minitas más conflictivas de Chijini; mientras estábamos quemando nuestras neuronas, ella me contó que esa tarde había peleado con la Cabezona, cuando ambas estaban chupando en el local de La Pacea. Cuando la otra sacó de uno de sus bolsillos su punta, la Mechy se lo quitó dándole un *jauk'anaso*, pero no pudo evitar que la Cabezona le achure a ella en una de sus piernas. El puntazo era bien profundo, y hasta ahora no recuerdo en cuál de sus piernas era.

No puedo negar que esa noche, en El Averno, le metimos bien fuerte al trago, con decir que cuando reaccioné un poco, salimos de allí; fuimos caminando abrazados por el callejón, hasta llegar al puesto de la tía Lucyfer, comimos allí dos de sus infernales silpanchos, de esos que hay que comerlos sólo cuando uno está recontra pija de borracho. Terminamos de comer, despidiéndonos de la tía, y seguimos caminando hasta la covacha donde yo solía dormir mis parrandas, para ver si allí podíamos descansar un poquito.

Pero, ¡qué mierdas íbamos a descansar! Ni bien encendimos el foco de 7 watts que estaba en el techo

de mi cuchitril, con todo lo cojudizado que estaba por los tragos que me había empinado ese día desde las siete de la mañana en punto, recién me di cuenta de que al fin y al cabo Mechy era mujer, y yo, aunque casto e ingenuo, también era hombre, por lo que me vi en la penosa necesidad de cumplir como tal. Y rompiendo por enésima vez mi tan violado voto de castidad, tuve que darle gusto a mi cuerpito, cabalgando como había visto que lo hacen en esas películas 3 X, a las que ahora no me dejan entrar porque dicen que ya me he pasado de viejo.

A media fumigada tuve nomás que pedirle que bajara el volumen de sus quejidos, porque los vecinos podían quejarse por ser tan pornográficos y libidinosos, y que incluso podían interrumpirnos a media garchada. Ella se hizo la que no me escuchaba, y, por el contrario, me abrazó como si fuera su poste de salvación hasta que mi ánimo se apagó, y yo quedé listo para la foto. En otras palabras, knock out, amilanado, sin fuerzas, pálido, resoplando como burro (sin ninguna alusión personal), y como benemérito terminando la maratón de San Silvestre.

Caramba, lo que son las cosas. Recién a la mañana siguiente ella me mostró la cicatriz del puntazo que había recibido (insisto, no sé en qué lado era), y era nomás feita la cosa. Por allí debió de perder por lo menos nueve litros de sangre, y fue entonces que comprendí todo mi estado de analfabetismo, otro había sido el cantar de los cantares. Lo que yo creí que eran grititos y berridos de placer, en realidad habían sido de dolor, y que no era causado por mi ulupica, sino, por la herida que ella tenía en una de sus piernas.

## Sobre llovido, llorado

**E**stá haciendo un frío de la gran siete, y mi cuerpo está temblando que da un encanto. Aparte de que mis ropas están mojadas por la lluvia que cae como chorrera, mis tripas están aleteando porque por darles trago y más trago, me había olvidado de alimentarlas.

Mientras dormía tironeado en estas gradas, mi botella de trago se había vaciado, y como no hay como remplazarla, tengo que botarla por ahí, vacía no me sirve de nada. Justo ahora que me estoy muriendo de sed, no hay ni monedas en mis bolsillos.

Ya deben ser las seis de la tarde, se ve en el cielo pedazos de oscuridad, lo que me hace pensar que ya va a anochecer y habrá que ver qué es lo que hay que hacer para no estar *k'arapampeando*, y peor todavía, con hambre y sin alcohol.

No sé desde qué hora me habré dormido, porque, mientras caminaba sin sentido, sentí que algo estaba cayendo de arriba, como estaba mula de borracho, creí que no era nada importante. Y había sido nomás importante, porque ahora tengo mis ropas completamente mojadas, y aparte de dificultarme el caminar, me está haciendo doler el estómago. Hasta me dan ganas de sentarme en cualquier rincón para vaciar

mis tripas, y conste que ni me acuerdo cuántos días no he comido.

Hay cosas que no comprendo perfectamente, una de éstas es por qué siempre que tengo mis tripas mojadas y chorreando agua, me dan ganas de desaguar. Pero, como esta calle está llena de gente (a pesar de que la lluvia no ha calmado), trato de pensar en cosas menos importantes, a sabiendas de que si no encuentro un lugar adecuado para vaciar la vejiga, por enésima vez tendré que dejar que mis aguas interiores mojen mis pantalones más de lo que están, y tenga que ir hasta el río para enjuagarlo con el agua exterior que por allí corre.

¡Y vaya que está haciendo frío! Siento como si mi cuerpo no fuese el mío y estoy temblando de tal manera, que tengo miedo de resfriarme. Si pasa eso sería una desgracia, porque me imagino que, débil y mal alimentado, voy a pasar las de Caín, ya que por la falta de alcohol, todas mis defensas se han evaporado, y por el momento no puedo reponerlas.

Ya se puede sentir el calor que por breves instantes me calienta las piernas y hace que una tenue sensación conforte mi alicaído cuerpo. Cuando la sensación desaparece, nuevamente el frío se apodera de mi ser, y regresa el temblor insensible que hace temblar mis sensibilidades.

Sé que me hace mucha falta beber el alcohol que torpemente he vaciado sobre el piso. Esa necesidad es tan fuerte, que me hace trastabillar mientras camino por las calles, vacías de gente pero no de autos, y hace que mi soledad se acreciente y pretendo desesperarme al saberme más solitario que nómada en el desierto.

Tengo que seguir caminando, porque caminar es lo más aconsejable en estos momentos; y mientras mis pasos me llevan a no sé dónde, una vez más regresa —ahora en mi rostro— la sensación que experimenté al mojarme los pantalones, y no logro comprender si es la lluvia que al caer sobre él se ha calentado, o si sencillamente estoy llorando.

## Llegó sin invitación, y listo

**L**a puerta se abrió misteriosamente y el hombre tembló de miedo ante lo desconocido. Sabía que esto iba a pasar, y a pesar de que había tomado sus recaudos, el repentino sonido producido por la puerta despertó los temores que durante el día había tratado de refrenar.

Cerró los ojos para no ver la llegada de lo inevitable, pero ese intento fue inútil, y cuando más desesperaba por olvidar este encuentro, tuvo nomás que resignarse, porque la noche había llegado, y él era un impotente por no haberlo evitado.

## Que viva la Ley

**E**n ese entonces, allá por los años 70, yo trabajaba como colaborador en una de las tantas comisarías de la ley que había en la ciudad. Esa tarde, como de costumbre, terminamos nuestro turno a las dos, y como nos había ido mejor de lo que esperábamos, una vez que se hubo hecho el arqueo de todo lo que habíamos recaudado por concepto de multas y otros añadidos, el jefe nos dio nuestros beneficios extra salariales, con lo cual todos quedamos felices y contentos. Menos los que habían estado detenidos, porque tuvieron nomás que amollar sus buenos quivos para salir en libertad, sin tener siquiera pulgas para rascarse.

Los que no pudieron pagar, o acaso no les dio la gana de hacerlo, tendrían nomás que esperar hasta el día siguiente para salir a tomar el sol a la plaza, es norma que los del otro turno no tienen que meterse con los presos que se quedan del turno anterior. ¡Que se jodan! Si no pagaron hasta el momento del cambio de turno, tenían que aguantarse las ganas, hay que sentarles la mano a los que no se someten a nuestros dictados.

Una vez que se hubo cambiado el turno, y el comisario García asumió el mando, entre los doce que

salimos nos fuimos directamente hasta la quinta de La Abatida, para echarnos unos tremendos platos especiales, mientras nuestras gargantas eran acariciadas por espumosas cervezas, que, después de un día de intenso trabajo protegiendo a los ciudadanos, es lo más recomendable. Claro, no todos estábamos obligados a tomar de las rubias, hay compañeros a los que les gusta el trago fuerte, y era menester que para ellos pidamos unos cuantos tapados, no sea que se vayan a descontentar, y después estén reclamando por lo injusto de la distribución de las multas.

Hay que reconocer que donde La Abatida siempre se han servido los mejores platos de La Paz, tanta es su fama que de varios puntos de la ciudad vienen a servirse sus platos especiales, siempre regados por varias cervezas, que, dicho sea de paso, combinan con cualquier clase de alimentos. Y las tienen en cantidades industriales, como para apagar cualquier clase de incendio estomacal.

Los platos generalmente están bien servidos y sazonados, satisfarían las exigencias del gourmet más sofisticado. Aunque cuestan una barbaridad, bien vale la pena pagar su precio, porque las sensaciones que uno experimenta al comerlos, pueden durar hasta una semana (siempre y cuando uno no se lave la boca); acaso sea ese uno de los motivos porque los fines de semana falten mesas para atender a la cantidad de clientes.

Cuando nosotros llegamos, los garzones nos atendieron prestamente. Como éramos los clientes preferidos, sabían por propia experiencia que a la menor infracción podían ser arrestados por el tiempo

que a nosotros se nos diera la gana. ¡Cuántas veces habremos hecho eso con los garcías que se nos amotinaban, y si las cosas se complicaban, ¡dueños y todo al calabozo! Por eso, ni bien entramos al local, los garcías prepararon atentamente varias mesas, de tal manera que pareciesen una sola, colocaron alcuzas, servilleteros, y demás vainas, y cuando todo estaba perfectamente alistado, el jefe ordenó:

—Un plato especial para cada uno de ellos, dos tapados, diez cervezas y dos cajetillas de cigarros.

Picantes mixtos, pollos dorados, ajies de lengua, brazuelos, y costillares, fueron parte del menú que tuvo que anotar un garcía, mientras que otro se encargaba de llenar la mesa con las bebidas que se le habían pedido, y como la cosa recién estaba empezando, prometía ser de lo más interesante. medida que pasasen los minutos.

Los de las mesas vecinas parecían sorprenderse de la presteza con que íbamos vaciando las botellas tanto de singani como de cerveza. Las charlas se referían tan sólo a las anécdotas sucedidas durante las 24 horas pasadas, y entre todos festejábamos las salidas que habíamos tenido que dar a la mayoría de los casos que se nos habían presentado. Por ejemplo, el caso de intento de violación que nos trajeron un par de uniformados. Tras haberle dado a uno de ellos una papeleta de descargo, el gordo Tórrez quedó a cargo del caso, habiéndolo solucionado de la manera en que él siempre suele hacer: tras una sacada de mierda del individuo acusado, a la cholita se la llevó afuera, “a su casa”, según contaba entre risas, cuando todos sabíamos que fueron a otro lugar para charlar, y conste que el gordo recién se está curando de una venérea.

Un Blanca Nieves nos trajo a dos jovencitos que se habían estado puñeteando que daba un encanto en plena Pérez Velasco. Como no estaban tan malheridos que digamos, tras acusar el recibo correspondiente ante el teniente del Blanca Nieves, los metimos al calabozo, mientras uno de los colaboradores iba a llamar por teléfono a los familiares de uno de los muchachos para que vengan a rescatarlo pagando la multa respectiva por armar un escándalo en vía pública.

Lo que causó una risotada general, fue la metida de pata de un colabucho nuevito que, como no sabía casi nada de cómo se manejan las cosas en la oficina, a la maleta trajo desde la plaza a una pareja de enamorados, a los que había sorprendido dizque besándose impúdicamente en plena plaza. Y lo que mayor gracia causó, fue que la chica en cuestión era nada menos que la hermana menor del jefe, y como era su consentida, tuvo que pedir disculpas a la pareja, tirándole una buena puteada al colabucho, que creyendo que iba a ganar sus primeros pesos por ese caso, lo que se ganó fue el putazo. Cuando contaban esto, el gil no sabía dónde ocultar su cara.

Cuando ya se cansaron de narrar sus macanas oficiadas en horas de servicio, la charla se fue dispersando, conformándose una especie de corrillos pequeños. Daba una sensación rara el oír cómo cada cual contaba con lujo de detalles, las sacadas de mierda que propinaron a cuanta persona que cayó en la oficina, por contravenciones graves como gritar desaforadamente en vía pública, no querer pagar la cuenta en una pensión, dormir en la calle, ser denunciado como ladrón, peleas callejeras, prosti-

tución clandestina en la Condehuyo, sospecha de robo y otros delitos menores, de los cuales se sacó nomás tajada, para que cada uno sea valorado por el servicio prestado cuidando el bienestar de la gente.

Era increíble la cantidad de botellas, tanto de singani como de cerveza, que se iban vaciando, y una vez que quedaban vacías, los charolas se encargaban de llevárselas para traer otras llenas. Varias de las mesas que nos rodeaban de a poco se vaciaban, y nuevos clientes ocupaban los lugares desocupados para compartir las bondades que brindaban quienes atendían La Abatida, también famosa por su negativa de recibir relojes en prenda, puesto que tenía dos maletas enormes llenas de ellos, siendo éstos de marcas famosas, y más de uno enchapados en oro.

Cuando la tarde educadamente le daba paso a la nueva noche, al jefe se le ocurrió pedir una nueva ronda de platos especiales, al tiempo que daba instrucciones a uno de los garcilazos de que estuviese atento para que no faltaran tragos ni cigarros en la mesa. Fue entonces que yo me puse a pensar que si el jefe seguía pidiendo comida y tragos de esa manera, en el momento de pagar la cuenta no iba a quedar nada para nosotros. No me quedó otra que acercarme al jefe, y decirle al oído mi plan, y como él quedó encantado de mi idea, pidió a los demás que esperasen mi regreso sin probar para nada el contenido de los platos que nos estaban preparando.

Yo vivía a media cuadra de allí, en la casa de mi madrina Petrona, carnicera del mercado popular. Como en la casa había un cuarto donde guardaba las lonjas de grasas secas que juntaba para ven-

derlas, por arrobos, a la fábrica de jabones, también allí teníamos un criadero de ratas y ratones, a los cuales tratábamos de eliminar con pequeñas trampas.

Ya en la casa, abrí ese cuarto, y casi a la entrada estaba lo que hasta horas atrás había sido un ratoncito robusto y saludable. Lo solté de la trampa y agarrándole de la cola, lo metí en una lata pequeña y para llevarlo hasta la pila, llené la lata con agua y me metí en la cocina con la intención de hacerlo cocer hasta que pierda los pelos.

En breves minutos estuvo el ratón completamente cocido, y tomando un pedazo de papel periódico, lo envolví en él, mientras echaba a la basura la lata que había oficiado de olla. Tras meter el paquetito en uno de mis bolsillos, regresé al local; me acerqué al jefe (los charolas recién habían traído los platos de comida), y asegurándome de que nadie nos viera, hice un espacio en su plato, y tras colocar allí el cadáver del ratón, lo cubrí con el resto de los ingredientes (el plato que había pedido el jefe era picante surtido), y regresé a mi lugar mientras mi estimado jefe llamaba todo molesto a uno de los garzones para presentar su queja.

La cara que puso el mesero era la que esperábamos. Quedó como opa cuando sus ojos vieron que justamente en el plato que le habían dado al jefe, bien cocido y sazonado, estaba un ratón perfectamente cocido y adobado. Tartamudeando no sé que palabras, fue a llamar a La Abatida, que se encontraba parloteando alegremente en otra mesa; llamándola aparte, le puso al tanto de lo que había pasado.

La vieja llegó apurada hasta nuestra mesa, y tras ver por sí misma el contenido del plato, farfulló algu-

nas palabras, mientras pedía al jefe que por favor le acompañase hasta su sala privada para conversar.

Mientras nos hacíamos mil conjeturas acerca de la procedencia del ratón, eso sí, en voz baja para que los ocupantes de las mesas vecinas no escuchen, el jefe volvió. Tras sentarse en su silla, quedamente nos avisó que La Abatida iba a poner en orden a sus cocineras, y que ella personalmente nos lo iba a preparar otra tanda de platos, puesto que a partir de ese momento, éramos invitados especiales, y por lo tanto, la comida y la bebida era una especie de “cariño de la casa”.

Está demás agregar que ese día comimos y chupamos hasta que nuestros estómagos se dieron por vencidos. Cada uno de nosotros se llevó para su casa sendos paquetes con comida (“cariño de la casa”), y realmente nos dimos el gusto de beber hectolitros de bebidas sin preocuparnos para nada de tener que pagar.

Por último, cuando en un momento dado el jefe nos repartió el dinero que nos correspondía por haber trabajado en la comisaría el día anterior, a cada uno de nosotros nos tocó más de lo que esperábamos, puesto que la dueña se había auto multado, y, de yapa, todos recibimos un fino reloj, como recuerdo de La Abatida, en cuyo local, a partir de ese entonces, fuimos recibidos con las mayores atenciones.

¿Qué pasó con el ratón? Presumo que La Abatida se lo debió de comer de pura bronca. Pues si ella hubiera querido contradecirnos, los metíamos presos a ella, a los garzones y a las cocineras, y podíamos clausurar definitivamente el local. Era la palabra de ellos contra la del comisario.

## Suicidio circunstancial (Cuento-*k'epi* policial)

**T**odas las dudas imaginables e inimaginables habían sido respondidas, en base a sesudas hipótesis y conjeturas, por los sabuesos policiales, que, a esta hora del partido, tenían entre sus manos la solución del caso, y al principal sospechoso metido entre rejas.

Las diligencias de policía judicial ya estaban siendo elaboradas gracias a los aportes que habían brindado tanto los testigos del hecho, como el principal sospechoso que, en menos de lo que la gente malpensada piensa, fue aprehendido y trasladado a dependencias policiales a objeto de recabar sus declaraciones informativas.

El caso no ameritaba demasiadas conjeturas, estaba demasiado claro que el móvil había sido pasional, acompañado de robo agravado.

Así de simple.

La pareja de enamorados —llevaban más de dos años de romance cama adentro— había tenido una de sus habituales disputas, y como siempre sucedía en estos casos, culminaron la batalla verbal con un *agárrate como quieras*, en la que la parte perdedora fue ella. La víctima exhaló su último hálito en el piso,

que de inmediato se tiñó de un color rojo púrpura, incluyendo los trapos remendados que servían de alfombra.

Hasta ahí estaba todo claro: crimen pasional. Faltaba lo del robo premeditado. La desaparición de varios enseres del cuarto que ocupaba la pareja. Desde un televisor a colores hasta los ahorros familiares que *ipso facto* marcharon con rumbo desconocido. Los sabuesos policiales presumían que era el compañero el directo responsable de esos hechos.

La vida que había llevado la occisa —y esto no era ninguna novedad para nadie— era por demás licenciosa, y precisamente este hecho era el que salía a relucir cada vez que se enfrascaban en reyertas conyugales, que terminaban en reconciliaciones cuyo lugar de armisticio era la cama.

Aún así, en el caso hipotético de tener que buscar algunos sospechosos extras, la lista de las personas que deberían ser llamadas a confesar sería interminable. Habían sido tantos los causantes de sus peleas, que un cuaderno de 50 hojas no daría abasto para contener todos los nombres y direcciones.

No hubo necesidad de buscar el objeto punzocortante que había dado fin a su existencia, éste se hallaba firmemente insertado en el cuerpo de la víctima. Y aunque las huellas dactilares no coincidían con las del sospechoso, sus declaraciones, en las que tan solo decía que había olvidado todo cuanto pasó en esos momentos, eran más que suficientes para incriminarlo, y de paso, poner punto final a este caso en el que más de un individuo podía sentirse aludido o llamado a declarar para aumentar los folios del expediente.

Tras haber salido en la prensa un detalle pormenorizado de los antecedentes, precedentes y suposiciones del caso, la opinión general fue que había que castigar al culpable con todo el rigor de la ley.

El sospechoso se encontraba en un sector restringido de las celdas policiales; incluso, para evitar más papeleo, se había obviado la visita de su abogado defensor, porque estando las cosas claras, él había aceptado que sostendría todo cuanto le fue ordenado que sostenga. La cuestión era tan sólo esperar a que se recuperase de las fatigas físicas soportadas durante esas jornadas frente a los potentes reflectores con los que trataron de hacerle olvidar la diferencia entre la noche y el día.

Sabido era que la pareja tenía muchas cosas de valor en la habitación. Como en este aspecto el individuo no había aportado nada útil como para que los sabuesos vayan a recoger los objetos y dineros extraviados, por el momento era mejor apaciguar las cosas; tras que el sujeto sea transferido al ministerio público, ya habría tiempo para ocuparse de esos detalles.

Este caso hubiese pasado como uno más de los fácilmente resueltos. Lo que hizo que cobrara una leve notoriedad, fue el hecho de que a la mañana siguiente de toda la retahíla narrada líneas arriba, el sospechoso-culpable amaneció colgado de una de las vigas, en el interior de su celda. Aprovechando la soledad en la que se encontraba, rompió uno de los cables de la luz, y tras amarrarlo a la viga, a manera de corbata se anudó el otro extremo a su garganta, y comenzó a balancearse como péndulo de reloj.

Cuando los de homicidios llegaron para descolgarlo, y proceder al respectivo levantamiento del cadáver,

no notaron que la víctima tenía las manos enmanilladas a la espalda; más, este detalle no fue tomado en cuenta.

## El k'epiri

**C**amina por las calles con su saco corte casimir (casimir inglés, se supone), llevando entre sus manos su pita *nylon*, mientras las vendedoras del mercado se disputan sus servicios. Ha pasado la noche pensando en qué putas le ha sucedido para que acepte a aquel caballero el cambio de su saco del mil ochocientos por una pilcha, que le cae demasiado grande, y huele a la recontra no sabe qué... ¡perfume, dizqué!

El anterior olía mejor. Lo había acompañado durante tantas jornadas, hora tras hora, día tras día, noche tras noche, que se podría decir que era una especie de parte sustancial de él. Era su cuerpo, su alma, su ser mismo. Y mientras más pasaban las eternidades, una especie de cariño innombrable lo había unido a dicha prenda, que ahora extraña, y hasta se puede decir que ha empezado a morir poquito a poco por la ausencia de ese saco.

Desenrolla la pita que lleva entre las manos, y cual llamero solitario (todas las comidas que se sirve son de carne de llama), la hace bailar brevemente por el aire y la recoge entre sus manos para envolver con

ella los cajones de tomate que la Dionisia le ha encargado que cargue hasta el puesto de su comadre Tomasa. Con manos expertas aprisiona las cajas, y tras darles la espalda, coloca ambos extremos de la pita sobre sus hombros. Prestamente anuda alrededor de los mismos el envoltorio y sus espaldas se abren para recibir el peso de los tomates, mientras con otro movimiento diestro amarra los extremos de la pita en un nudo certero y preciso. Su cuerpo se incorpora, encorvado, y comienza a caminar sin mirar de frente, sino tan sólo el piso que marca sus pisadas hasta el lugar que será su destino, porque él no necesita ver hacia delante, ha llevado tantos bultos por ese camino, que el transitar por ahí es una rutina.

Y es que el *k'epiri* es el mismo hombre que hace más de tres décadas ha llegado del campo a la ciudad (de dónde más iba a llegar), y ante el rechazo que recibió tanto de los pobladores como de la misma ciudad, decidió quedarse a vivir en ella, aunque tenga que ser tratado peor que una visita indeseable.

Sí, se quedó, con la férrea decisión de que si la urbe no quería encargarse de él, él se encargaría de cargarla a ella, aunque le digan aparapita, cargador, tata, *choy*, *chuy*, o, en el mejor de los casos, *k'epiri*, que, me imagino, en aymará debe significar alguna cosa.

Extraña su saco, en él estaban los únicos seres que lo habían adoptado desde un inicio, y a los que llegó a amar como a la razón misma de su diario vivir, porque al final de cuentas, eran de su misma sangre: sus piojos. De seguro ese caballero los ha debido hacer cocer en varias latas de agua para aniquilarlos, y hasta los huevitos donde estaban las futuras generaciones de piojitos han debido de terminar como huevos duros,

de esos que él solía comer con papa, llajwa y chuño, aquellos mediodías de la hoyada, cuando en los umbrales del mercado los venían a vender la Juana y la Margarita, las dos cholitas de las que en una temporada estuvo locamente enamorado. Pero el tiempo le ha enseñado que por mucho que su cuerpo se lo pida, él ni siquiera tiene que mirarlas, porque esas mujeres no son para él. No. Ellas están destinadas a otros hombres, sean éstos ayudantes de albañil (él también trabajó de éso), empleados de almacenes, ayudantes de los que reparten pan, o para los uniformados que rara vez pasan por este lugar, y que en innumerables oportunidades le han roto su reputa madre por el delito imperdonable de haber estado bebiendo más de la cuenta en la calle, y estar queriendo meter la mano allí donde solamente las manos del uniformado tienen derecho de hacerlo.

Ahora son dos tremendos gangochos de papa los que sus espaldas trasladan desde el depósito de don Hernán hasta el *k'ato* de la Encarna, la cual desde que tiene memoria, siempre se ha aprovechado de él, porque a ella tan sólo le basta decirle que si no estuviera casada con el que es su marido, él (no es bueno llamar a nuestro *k'epiri* con nombre alguno) tranquilamente sería su esposo, porque varios *yatiris* se lo habían dicho repetidas veces, y el *k'epiri* se lo creyó, así como sigue creyendo que ella lo quiere, y que si hasta ahora no se ha atrevido a darle la mano, es por temor a su marido, que dicen es un celoso de la gran siete y les puede romper la poca vergüenza que les queda. Es tal el respeto que le tiene, que hasta rechaza inclusive las pocas veces que ella intentó darle algunas monedas a cambio de su trabajo, porque no

quiere que su marido los sorprenda con las manos en las monedas, y ahí pueda terminar la perspectiva de un futuro romance si es que el energúmeno se muere.

Muchas veces oyó comentarios acerca de que la Encarna aprovecha el estado de turbación que aqueja al hombre para que éste se lo cargue gratis los ganchos de papa. Pero, así como escucha esos comentarios, también los desecha, porque presiente que ella no puede ser tan abusiva, y que realmente lo ama, porque hasta la vez en que, por confiado, él hizo caer uno de los bultos, la frase "indio de mierda" le sonó como una declaración de amor y de cariño.

Cuando la noche presente su final, y la cigüeña trae consigo una nueva madrugada, él sale del tambo del Raimundo, y botando en el camino los restos de sueño que aún le quedan en los ojos, va presuroso hasta la parada de los camiones que llegan de Río No Tan Abajo, para trabajar como los de su pueblo saben hacerlo, porque no puede permitir que sean otros los que le quiten los bultos que solamente a sus espaldas pertenecen.

Si las calles se llenan de niños y vehículos, y el mercado y sus inmediaciones de palabrotas y compradoras, es hora de ir a tomar el desayuno donde el Tata Pinto. Si bien no es tan agradable que se diga, es más que suficiente para engañar al estómago, mientras las que venden comida, a *luca y quivo* (un boliviano y medio) el plato de ají de fideo con arroz y sin carne, acomodan sus ollas llenas de vapor, y las bocinas de los autos se encargan de espantar de una vez por todas el poco sueño que aún adormece sus párpados.

Hace tiempo que el café ha perdido ese gustito que tenía; desde que se murió la mujer del Tata Pinto, consiste en agua calentada con un poco de azúcar. Y es que el Tata Pinto tan sólo hace hervir en aquella olla, que era de aluminio y que ahora parece de carbón, el agua necesaria como para dar de tragar a la legión de *k'epiris* (ninguno de ellos tenía un saco como el suyo) que pululan como necesitados de trabajo por el mercado, y a la que (me refiero a la olla), con tan sólo echarle el contenido de un paquete pequeño de café molido que en la tienda se compra por un peso, es más que suficiente para que el agua adquiriera un color oscuro, y con el título de café caliente sea de provecho para sus clientes.

Si, varias veces el estómago le ha dolido que da un encanto, pero eso debe ser por el esfuerzo que realiza al levantar los bultos. Como ya es demasiado tiempo que ha salido de su pueblo, ha perdido las fuerzas que él debería haber gastado manejando el arado, o, de borracho, rompiéndole lo poco que le quedaba por romper a su mujer, pues desde que se la *irpastó* (se la llevó) siempre le ha brindado todo su cariño, y si no le creen, pregúntenle cuántas veces la ha dejado lista para el estuche.

Sí, las mujeres de la ciudad, en especial las cholitas que trabajan alrededor de donde él trabaja no son para mirarlas, y menos para gozar de algo que se asemeje a la amistad. Eso está bien para los demás, y si los demás se aprovechan de las circunstancias, allá ellos, con él las cosas son diferentes.

La señora Florencia, sí, la misma que hace jugar *pasanaku* todos los días, muchas veces le ha dicho que no sea malo, que vaya a su pueblo y traiga a sus

dos hijas para que ella (me refiero a doña Florencia) y su cuñada se las terminen de criar. De paso, mientras las chicas ayudan en alguna que otra cosita en sus casas (en la de ellas, se supone), las pueden mandar, siempre que se pueda, a la escuela, para que por lo menos aprendan a leer y escribir. Claro, alguna vez pueden estar comprando algunas ropitas, e incluso regalarles aquellas que sus hijas ya no usan, cosa que cuando sean grandes, las hijas del *k'epiri* sean señoritas, siempre y cuando los caballeros de las casas y sus hijos varones no se encarguen de truncar ese estado señorial.

Sí, puede ser que un día cualquiera vaya a su pueblo, ese pueblo que lo vio nacer y que nunca lo ha abandonado, para traer a sus dos hijas (ya ni se acuerda qué edad tienen, tal vez con su ausencia misteriosamente su familia ha aumentado). En el pueblo no hay nadie que les pueda enseñar nada de nada, y si no se preocupa por ellas, quién sabe si con el tiempo sean más burras que las dos burras que tiene, y a las que extraña, porque eran las únicas a las que podía pegar con el rebenque hasta cansarse cuando la rabia lo dominaba. Ahora, al no tenerlas, sólo puede desfogar su bronca lanzado carajazos en aymara a las tarimas, *chiwiñas* y toldos del mercado, cuando el sueño le abandona y el frío le recuerda que como ser humano tiene derecho de mandar a donde sea sus emputes y malestares.

Está haciendo frío, y es tan intenso, que por enésima vez extraña su saco, que estaba remendado remiendo sobre remiendo, y del cual no le queda ni su aguja ni hilo con los que solía aumentar los parches que le ayudaban a soportar este frío que el saco de

casimir inglés (¿qué es inglés?) no puede ayudarle a mantener el poco calor que permanece en su cuerpo.

En qué manos habrá caído su saco, al cual cuidó como solamente se cuida las cosas que uno llega a querer porque forman parte de uno mismo. El saco que lo protegía del frío y de sus demás añadidos llegó a ser tan esencial que, ahora, de antemano, no debe estar cubriendo el cuerpo del caballero ése. Porque claramente le dijo que lo dejara en un rincón, ya que al día siguiente su empleada se encargaría de desinfectar, porque el olor que despedía era tan especial que podía matar de un sofocón a uno que no tuviese la nariz tan resistente como la de él. Al menos así recuerda que le dijo dicha persona cuando lo acompañó hasta la puerta y, tras colocar un billete entre sus manos, lo despidió como si su pobreza pudiese ser contagiosa.

¿Pero qué tenía que ver el olor con los recuerdos que habían nacido entre él y su saco, y que ahora moriría estando el uno separado del otro? Nadie podría comprender las emociones, pesares, sinsabores, tragedias, problemas y demás cosas gratas que habían vivido él y su saco. Por eso, ahora, su cuerpo estaba temblando convulsivamente por efecto del frío, pues la sensación de calor que experimentó al tomar el plato de sopa en sus manos y comer del líquido que allí le habían servido, ya había pasado. Tan sólo quedó el frío que estaba despoblando las calles de la ciudad, puesto que sus moradores caminaban presurosos hacia sus moradas, mientras un tenue viento le recordaba más aún a su saco, y por ende, a aquellos remiendos que con tanto cariño había ido costurando uno a uno, mientras a cada momento sus dedos

sufrían los pinchazos de la aguja mal hilvanada, y peor usada.

Claro, podía haberse ido hasta el barrio Chino a comprarse una chamarra o un abrigo para mantener el calor de su cuerpo. pero, como él era un *k'epiri* de los pocos que aún persistían en caminar por los mercados de la ciudad, necesariamente tenía que tener un saco recontra remendado por el tiempo y por sus dedos para aparecer como tal. ¿Dónde se había visto un *k'epiri* de tenis, bluyín y chamarra, manejando un pequeño artefacto con ruedas que aliviaba el peso de los bultos? Sería una especie de desprestigio para la profesión, porque si estas cosas se aceptaban, el oficio caería muy bajo, y ya no habría escritores y poetas que alaben y ensalcen dicha actividad.

No. Él no iba a caer tan bajo (aunque ya lo había hecho) como para que los caballeros decentes cambien sus ropas elegantes por las que ellos usaban, y que, aparte de estar pringadas de sudores y cansancios, tenían un sabor a coca, cigarrillo y alcohol.

Sí, a alcohol, porque eso era lo que le daba fuerzas para continuar con las labores que el diario vivir le entregaba, y que al paso del tiempo había hecho una especie de hábito del que no podía sustraerse, y aunque se lo propuso más de una vez, las circunstancias le recordaban siempre cuáles eran sus funciones. En ese sentido, esta especie de "profesión" lo tenía prácticamente atrapado, e inconscientemente sabía que, aunque se lo propusiera e hiciera todo lo posible por conseguirlo, no podría romperla, y se llenaba de espanto cada vez que lo recordaba.

Ese mismo alcohol le había ayudado a sentir que la vida no era tan pesada como al principio pensaba, porque desde que lo conoció (al alcohol) una tarde de aquellas en su pueblo, le quemó más adentro de los intestinos. Pero, fríos idénticos como el que estaba experimentando ahora, le habían hecho comprender que era mejor tenerlo del lado suyo, ya que de esta manera podía soportarlo mejor. Mientras el tiempo pasaba lentamente a su lado, y la nueva mañana tardaba en llegar, comenzó a beberlo y a quererlo, tornándolo en el compañero de sus horas solitarias.

Era el mejor de los alicientes que tenía para seguir soportando sus inclemencias, y si hasta entonces su cuerpo ya se había acostumbrado a beberlo incluso sin mezclarlo con agua, sabía muy bien que si lo abandonaba podía perder algo más importante que la vida. Aunque con este frío, la vida era lo que menos le importaba. Él tenía alcohol, y ese alcohol era una especie de esencia fundamental para seguir existiendo.

El tomar entre sus manos la botella de cristal donde estaba el trago que había comprado de la tienda del Huaycheño, dadas las circunstancias, era una especie de ritual, porque agarró fuertemente la botella como si estuviera agarrando algo valioso; y en verdad que era valioso, porque de ello dependía que su sobrevivencia caminase parejo con su *sobrebebeencia*. Dicho de otra manera, si no tomaba los tragos necesarios para calentar su cuerpo, corría el riesgo de acabar como el Tomás, que por no tomar, se enfrió una madrugada cualquiera. Como la noticia de su muerte no llegó hasta el pueblo de donde era originario, fue enterrado dizque en el cementerio, cuando todos los que lo habían conocido (vendedoras, co-

merciantes, carabineros, vecinos, cargadores y demás tucuymas) estaban seguros que lo habían carneado como a cordero, allá donde los que estudian medicina suelen hacer este tipo de cosas.

Por eso, sacando el corcho que mantenía el líquido dentro de la botella, llevó ésta a su boca, y bebió un trago largo, tan largo, que sintió que sus tripas se quemaban lentamente produciéndole una sensación de malestar y a la vez de agrado. Esa sensación era lo que necesitaba para recordarse que estaba vivo todavía. Tras que pasó la primera sensación de bienestar, y le calmaron los ardores del estómago, volvió a beber el contenido de la botella, notando que el ardor era menos intenso, y que por lo tanto la sensación de bienestar aumentaba la calma que él necesitaba, y de lejos, de muy lejos, podía sentir cómo una voz le decía en aymara (al menos se supone que todos los aparapitas hablan aymara) que todo estaba tranquilo, que no se preocupara, que todo iba a resultar bien.

Nuevamente bebió de su botella, y mientras sentía que el frío le estaba abandonando y el calor retornaba a su cuerpo, mandó a cierta parte el triste recuerdo que aún persistía en recordarle que él ya no era un hombre si no tan sólo un *k'epiri*. Volviendo a beber de la botella, una lluvia pasajera, de esas lluvias que llegan para mojar más de la cuenta, limpió las lágrimas que a torrentes le brotaban, y el hombre se sintió feliz por haber encontrado ese solaz en el alcohol, y que en sus noches de luna, nubes y estrellas, la Encarna le había negado. Sí, le había negado, y es más (el trago ya estaba haciendo efecto, porque hasta le daban ganas de seguir tomándolo. De esta forma

podía sentirse más realizado, tanto de manera humana, como sub humana a la que —por su condición infra no sé qué, estaba reducido—, hasta pensaba que así nomás tenían que ser las cosas.

Las horas pasaban. Su cuerpo otra vez estaba temblando convulsivamente, y el calor que le había brindado el alcohol ya se había disipado. Cuántas horas se habrá quedado dormido que no sintió cómo avanzaban lentamente (o tal vez apresuradamente), que el bienestar que había experimentado en un principio había desaparecido. Y sólo le quedó algo parecido al desconsuelo, desconsuelo que ni dos botellas de alcohol le iban a quitar, porque ahora le faltaban muchas cosas; su pueblo, la Encarna, sus ovejas, sus burros, su campo, sus hijas, y más que todo, su saco. Y él sabía muy bien que nunca los volvería a recobrar, porque, aunque estaba despierto, su cuerpo había dejado de temblar, y si persistía en tener los ojos abiertos, éstos se le cerraban pesadamente y tan sólo una tenue visión de su pueblo se reflejaba en ellos, como despedida del mundo que no lo había adoptado, y en el cual tan sólo había sido esa cosa que llaman, ¿cómo es?, jah, sil... *k'epiri*.

## Ni pal perro

**E**l hombre se agarró desesperadamente del último aliento que le quedaba, y sin proponérselo, introdujo más aún el cuchillo en su abdomen. De todos los que estábamos allí observando la pelea —como si nos hubiésemos puesto de acuerdo— ninguno se metió en el problema, y como si nada hubiese sucedido, cada uno se fue alejando por sus respectivos rumbos, mientras el hombre caía sobre el piso, y las piedras que recibieron su cuerpo comenzaron a vestirse de un rojo púrpura.

A nadie en especial, y mucho menos a mí, nos importó averiguar qué había sucedido. Aquello que empezó como una simple discusión continuó con una pelea y terminó con un difunto. Claro, con semejante cuchillo que sólo servía para matar vacas, y por lo tanto no era raro que para matar gente, ningún perejil podía salvarse, y el occiso (presumo que murió por el espanto que le ocasionó el tamaño del cuchillo) mucho menos.

¿Y para qué hubiésemos querido meternos donde no nos habían invitado? Si la pelea había sido gratis, y uno de los gallitos llevó su vida a la muerte. Total,

ya habrían otros pelafustanes que sabrían defenderse mejor que el muertillo.

Mas, a la hora de la verdad, mientras de lejitos observaba cómo nadie se acercaba hasta el lugar donde el hombre estaba echado mirando sin ver el cielo, un perro vagabundo (no creo que hubiera sido pariente suyo), se acercó lentamente hacia él, y tras bajar más aún la cola, le lamió la cara y, posteriormente se alejó de allí, como si temiera que a él también lo pudiesen involucrar en tan lamentable suceso.

## Siempre sucede lo mismo

**N**o es que me esté quejando ni mucho menos. Lo que pasa es que estoy con mis nervios hechos bolsa ante tanta macana que se me ha acumulado en el *k'epi* de mi conciencia, y no logro entender por qué siempre tiene que suceder lo mismo.

Se podría decir que estoy demasiado emputado con mi existencia. Cada día que pasa, ni bien le estoy pescando gustito al sueño, ¡zas!, un puntapié disfrazado de negro me recuerda que tengo que levantarme y seguir caminando sin tener adónde ir. Porque para los miserables como yo, no existe el derecho de dormir nuestro cansancio encima de una tarima del pasaje Tumusla.

Estoy escapando como guanaco llevándome un bolsón ajeno, como alma perseguida por los hombres de negro, y no falta un comedido que me pone una zancadilla y ya nomás, el indio al suelo. Y a soportar la pateadura de las vendedoras del mercado que me tratan peor que al mal ladrón, cuando ellas deberían ser las que reciban esos puntapiés por la manera descarada con que roban a sus caseras en el precio y en el peso de sus verduras.

Estoy tomando a gusto mis tragullos en cualquiera de mis alcoholerías, chocho de la vida, hablando bien de los cuates y difamando al resto de la gente mientras fumo mis puchitos, y no falta un perejil que por hacerse el *machomein* quiera entrenarse conmigo, y como yo no le hago caso, ¡zas!, mi trago y yo al suelo, y ni a quién quejarse, porque si me quejo a la dueña del boliche o a la ley, *ker* la gallina.

En cualquier rinconcito me estoy apechugando con la que sabemos, que es más fregada que perra en celo, aprovechando la oscuridad para *llauk'ararla* y meter mi dedo, mi mano y parte de mi corazoncito en su cierta parte, y no falta un vecino avinagrado, de esos que creen que el pecado original merece doble castigo porque al ser original no estaba patentado, que viene a fregar la fiesta. Y la que ya sabemos tiene que escapar por un lado y yo por el otro, para evitar que la dizque Junta Vecinal nos haga felices a palo limpio, y uno se queda con las ganas de no haber probado ni un polvito siquiera.

Parece que lo que pasa-apaza, es que a los pobres, que no tenemos ni sarna para rascarnos, siempre nos ha tocado el lado amargo de la vida, tan amargo que cuando chupamos un limón nos parece chancaca dulce. Somos tan afortunados que todo lo bueno de la vida —maldiciones, hijoputeadas, *k'encherios*, maleficios y demás vainas— fueron creadas solamente para nosotros. Y en este detalle les llevamos ventaja al resto de las personas, porque los pobrecitos son tan pobres que tan sólo tienen dinero, comodidades, comida y otras cosas más, con las que tienen que conformarse.

## Cada vez que te miro...

Cada vez que te miro, siento que el sol calienta mis espaldas, y, de noche, el frío hace temblar mis huesos como los de un perro abandonado. Siento que me falta el aire que desintoxique mis pulmones alquitranados de nicotina y demás cereales.

Cada vez que te miro, observo que en tus ojos se refleja mi mirada adormilada, y tengo que limpiar las lagañas que cubren mis ojivales, para comprender que tú tampoco te has lavado la cara. Inquisitivamente escudriño tu figura, y contemplo que una *miss* centenaria tiene sus carnes más duras que las tuyas, y, aún así, siento que necesito de tu presencia para mentirme que no soy tan vejstorio todavía.

Cada vez que te miro, parezco un niño destetado que busca en la nada el pecho que le calme la sed, aquellas dos que componen el lácteo materno, y el no tan lácteo carnal lleno de interrogantes. Esa sed que, cuando me encuentro jugando con tierra, hace que construya senos y cosenos con mis manos alfareras, mientras mis mocos juegan en mi boca.

Cada vez que te miro, siento que en mi cama me falta algo más importante que las frazadas, y no puedo

dormir tranquilo, porque sé que necesito ya no sólo de tus palabras, sino de que me acunes entre tus brazos (recuerda, que todavía no he cumplido mis doce años), y me digas en mi boca, palabras que mis orejas no necesitan saberlas.

Cada vez que te miro (lo hago desde un agujerito que abrí en la pared) cómo te vistes y te desvistes en la soledad de tu cuarto, pienso en ti, mientras recuerdo esos *k'uchi* videos que voy a ver en el cuarto de nuestro vecino solterón, y ya no sé que voy a hacer con mis manos que se quedan quietas, y tengo que correr a la calle para que nadie descubra mi secreto.

Cada vez que te miro, pierdo el hambre, el cambio del pan, las monedas que papá me regala, las ganas de reír, y como tonto pienso qué es lo que tanto te miro si, como dice mamá, todavía no he aprendido a limpiarme las narices.

Cada vez que te miro, me cuesta entender por qué te quiero de la forma desesperada en que te estoy queriendo, si tú eres mucho más vieja que mi abuela, y yo, simplemente soy un niño que está mira que te mira y que te requetemira, mientras vos sonries mostrando tu boca desdentada, y tu cara llena de arrugas.

## Aplazándose en la plaza

**H**acia horas ya que la noche se había apoderado de la ciudad y sus alrededores, y que el famélico ladrido de los perros sin nombre se perdía entre las sombras buscando vanamente almas errantes y vagabundas. Un manto oscuro, tan oscuro que presagiaba oscuras intenciones, echaba raíces entre las grietas del adoquinado destilando ponzoña sobre los objetos, vehículos, casas, animales y humanos, como si quisiera hallar en alguno de ellos el vientre fecundo que albergue aquella maldad tan temida, que no tenía cabida ni siquiera en los infiernos.

Las luces macilentas que nacían de las luminarias trasnochadas, no bastaban para iluminar aquellas calles indiferentes. Las sombras de los pocos transeúntes que transitaban por la plaza, se fusionaban con la magnificencia nocturna. Más que humanos, esos transeúntes parecían ser hijos de la noche, o engendros recién paridos, para caminar inútilmente por todas partes sin llegar jamás a la aurora.

El vendedor del kiosco ambulante, donde solamente se atiende a las personas y no a los animales de cuatro patas, porque éstos nunca tienen para pagar, disi-

muladamente metió las manos en los bolsillos de su pantalón, cuando oyó el taconeo peculiar que le anunciaba que ya llegaba lo que pacientemente había estado esperando. Ella llegó hasta el kiosco de sándwichs y otros etcéteras, vistiendo como suelen vestir aquellas mujeres que a toda costa muestran que la naturaleza ha sido generosa con ellas, en cuanto a distribución de carnes se refiere. Sus posaderas siliconadas pugnaban por romper las costuras del pantalón que las retenía, y un par de senos turgentes mostraban parte de su atractivo, destinado solamente a quien cubra la suma fijada.

Los tacos habían aumentado desproporcionadamente su estatura, mientras su oxigenada cabellera, similar a la de un Rey Moreno carnalero, resaltaba las facciones de su rostro que, sin ser especial, era lo suficientemente agradable para uno que se encuentra adormecido por el tabaco y la bebida.

Un bocinazo despertó momentáneamente al mendigo que soñaba que estaba maldiciendo a su abuela millonaria, con tal de conseguir que un ángel celestial le alimente sus pesadillas. Y mientras el ulular de una sirena recordaba a los demás menesterosos que dormían en las puertas del mercado, que la ley estaba atenta para evitar cualquier desmán, una pareja de ebrios se posesionó de una de las aceras para convertirla en un urinario clandestino.

El hombre sacó sus manos del lugar en que las había guardado, y con premura sirvió la salchipapa que le había pedido aquella iluminación celestial.

—¿Con llajua, mayonesa, *ketchup* y mostaza? —le preguntó.

—Con lo que sea, pero apurate, o me voy a comprar a otro lado— fue la respuesta tajante.

Entregó la salchipapa sin dejar de mirar aquel cuerpo que le parecía el más hermoso que había visto en sus cincuenta y tantos años de existencia. No podía creer que haya sido él, precisamente él, quien hubiera dado de comer a tan angelical aparición. Estuvo a punto de no cobrarle el importe, pero a tiempo recordó aquella otra madrugada en que, cuando apeló a un devaluado “es una invitación de mi kiosco”, su clienta favorita le había gritado que no recibía favores de pobres.

Un taxi se estacionó en el lugar, y el conductor bajó del vehículo para acercarse a ella y susurrarle no tan bajo:

—Choca, tu amiguito, el de lentes, está en el local del frente, y quiere que vayas a charlar con él.

La mujer terminó de comer, y tras darle al hombre un billete, a modo de despedida, con una sonrisa seductora y melosa susurró:

—Si te da la gana, te quedas con el cambio— al tiempo que sus pasos la llevaban a la dirección que el taxista le había indicado.

El hombre cerró prestamente su kiosco, se cambió el mandil por una chamarra gruesa y subió hasta la plaza más cercana; tras saludar a una de sus caseras de ponches calientes, se sentó en una grada. Recibió la botella de trago y empezó a beber lentamente, sin desprender de una de sus manos el billete que ella le había dado, pensando: ¿cuánto siempre cobrará para que uno la tenga, aunque sea semidesnuda, tan sólo para adorarla?

Los minutos pasaban por su lado y el hombre no los sentía. Las botellas que su casera le había estado

sirviendo, de a poco habían invadido todo su cuerpo, y él tampoco lo había notado. Por eso, cuando la plaza empezó a llenarse de luz solar, el hombre estaba durmiendo su sopor etílico, sentado en la grada y con el cuerpo apoyado contra la pared, mientras una de sus manos persistía en seguir apretando al billete que horas antes la mujer de cabellera oxigenada le había entregado.

## Elegir o no elegir, *that is la pblem*

**M**i madre siempre me había dicho que el día en que me casé y tenga mis *wawas*, y su papá me los quiera pegar, al tener que elegir entre él y mis hijos, primero van a ser las *wawas*, y que el hombre ese se vaya por donde ha venido. Además, he tenido la suerte de haberme separado del Valentín, que, cuando estaba borrachísimo era más terco que una mula, y a las *wawas* les encajaba sus tremendas patadas por donde me las pescaba, y si yo me metía a defenderlas, toda la yapa era para mí. Y al día siguiente tenía que ir al mercado cojeando, con mis ojos verdes, mi boca rota, y algunas de mis costillas más rotas todavía.

En cambio, el Seferino ha demostrado que es mucho más hombre que el verdadero papá de mis *wawas*. Siempre se está preocupando que a ellas (las siete son mujercitas) no les falte por lo menos el pan para su desayuno, y siempre les está acariciando y aconsejándoles como solamente los verdaderos papás deberían hacerlo, para que sean mujeres de provecho, y que los llockallas de este barrio no se aprovechen de ellas (la mayorcita ya va a cumplir quince años).

También me decía mi madre que cada niño, cuando nace, viene con su marraqueta bajo el brazo, cosa que no pase hambre cuando sea grande. Quisiera saber quién ha sido el tarado que se ha inventado semejante mentira, porque desde mi primer embarazo (siete mujercitas y dos fracasos), todas y cada una de las *wawas* siempre me han traído problemas, deudas por aquí y por allá y su papá siempre borracho. En vez de traer plata para alimentar a sus crías, solamente venía al *funqui-funqui*, y yo, zonza, al poco tiempo nuevamente con la panza crecida, y el dinero no alcanzaba ni para comprar un poco de arroz. ¡Y vaya si no sabré yo cómo comen esas criaturas de porquería! Siete bocas, más la mía, la de mi anterior marido y de esos sus amigotes que se traía de noche al cuarto para seguir tomando sus tragos, mientras las *wawas* y yo meta a estarles atendiendo para que sus tragos estén bien calentaditos...

Por eso es que lo he botado a la calle. Andate más allá de la mierda, le he dicho, y como estaba agarrando un palo de escoba, si no me hacía caso le hubiese roto su calavera, así como tantas veces él me ha roto a mí la cabeza. A ver, ¿dónde se ha visto que un marido tenga que estar prestando dizque a su mujer a su mejor amigo?... Una noche, cuando llegó con el Adalid, completamente borracho, a su amigo le hizo sentar en una de las sillas y a la mayorcita le mandó a esas horas hasta la Buenos Aires para que compre un litro de alcohol. Sinvergüenzamente me ha dicho:

—Hijita, éste es el Adalid, un gran amigo que lo he conocido esta mañana en lo de doña Lucha, y todo el día me ha invitado trago y comida, así que te pido

que no te enojas con él, y lo trates de buena manera, porque este caballero es mi mejor amigo.

Nada hubiera pasado si es que entre los dos animales hubiesen estado tomando tranquilos y a las *wawas* me las hayan dejado dormir. Pero, a eso de las tres de la madrugada nuevamente se me acercó el Valentín para decirme:

—¿Sabes? Mi amigo vive en Viacha, y como a estas horas no hay micros para que lo lleven hasta allí, hacele campito en la cama para que duerma un rato contigo, porque parece que le está haciendo frío, y se puede enfermar.

¡Habrás visto tanta sinvergüenzura! Yo mántandome por mis hijas, y el desgraciado pidiéndome que duerma con el que le había invitado todo el día. “Moda esquimal”, me decía. Esa noche he llorado como Magdalena, y calladita me aguanté mi rabia con tal de que las chicas no se despierten, y se den cuenta de la clase de padre que tenían. (A propósito, ¿quién será esa tal Magdalena? Tanto he escuchado hablar de ella, que siempre la menciono como si la conociera).

Y como le iba contando, durante hartos meses me he aguantado lavando ropa para la gente, ocho pesos la docena sin planchar, y con planchado doce. Al mediodía me iba hasta la escuelita cerca del puente para vender a los alumnos ají de fideos, y a veces, lo que me sobraba, digo, lo que no podía vender, tenía que darles de tragar a mis *wawas* para que no se mueran de hambre, o se vayan a quejar a esa radios donde te hacen trapo si maltratas o no das de comer a tus hijas. Fregadas son esas cosas, porque la gente se llega a enterar hasta de lo que una no hace, y los

vecinos, después, te miran con mala cara. ¡Como si yo no supiera las cosas que les dicen a las que allí son denunciadas!

Por suerte, cuando me llevaron a una fiesta a la que nadie me había invitado, lo conocí al Seferino, y desde aquel día no me importó que él también sea un borracho y mujeriego (aunque sólo sé que la Ernestina, la Encarna, la Ely, la Fortu y la Simona han sido sus compañeras de escuela). Cada sábado me entrega sagradamente lo que ha ganado diciéndome “para la comida de las *wawas*”, y no me importa que después se vaya al *K'ullko* a tomarse sus traguitos, con tal de que se recoja sin meter bulla. En eso, él es bien caballero.

Muchas veces yo le he enrostrado todas las macanas que las envidiosas me meten en la cabeza, y a pesar de que una noche me ha sacado mi recontraputamadre por estar haciendo caso de los chismes, estoy segura de que nunca me ha mentido, y que cada día que pasa, el cariño que nos tiene, especialmente a mis hijas más grandes, es el de un verdadero padre. Además, de noche, cuando las *wawas* ya están durmiendo y los dos solitos estamos... ¡Ay, si supieran las cositas que me hace!...

Pero, ahora él me ha amenazado con que quiere irse a otra ciudad, porque ya se ha cansado de trabajar para mantener a las hijas del Valentín, quien, dicho sea de paso, desde el día en que lo boté, no me ha mandado ni un solo centavo para sus crías. Ya se pueden imaginar lo que cuesta el darles de comer, vestir, mandarlas a la escuela, y cuando se enferman, ahí se pone peliaguda la cosa, y una tiene que estar de calvario en calvario para que por lo menos le den aunque sean muestras médicas.

Sí, pues, el Seferino me ha dicho que a él no le importaría seguir sacrificándose por las chicas, pero, ellas, de puro ingratas que son, no le demuestran ni un poquito de cariño, y las más grandecitas, a veces ni se dejan acariciar por el Seferino, que como ya dije, es un verdadero marido, y por lo tanto, un gran padre.

Él se quiere ir a otro lugar, y me ha dicho que si le acompaño, entre los dos podemos rehacer nuestras vidas, y que si no me deshago de las *wawas* él se va a ir solito. Yo sé que tengo que sacrificarme por mi felicidad, con el Seferino siempre he estado protegida, y es justo también que yo tenga mi recompensa. Además, las chicas tienen su padre, y es él quien tiene que darles todo lo que necesitan, y, por si fuera poco, cuando ellas tengan hambre, que coman de la marraqueta que se han traído bajo el brazo el día que nacieron... Con las boquitas que se gastan, si supieran las cosas que me dicen cuando a las más grandecitas les llamo la atención si llegan un poco tarde al cuarto, de puta no me bajan, como si no supieran los sacrificios que una tiene que hacer para que no les falte nada. A veces, me dan ganas de mandarlas a cierta parte, pues como tienen su ángel de la guarda, él que las cuida, porque, lo que es yo, ya estoy aburrida de tener que estar peleándome a cada rato con ellas, y al final de cuentas, ya bastante trabajo he tenido con haberlas parido.

Lo que es yo, con tal de no separarme del único hombre que me ha querido, aunque esa noche me haya sacado la infundia, lo voy a seguir adonde sea. Mi mayorcita la próxima semana va a cumplir sus quince, y como yo no estoy para estar empeñando mi alma al demonio, claramente le he dicho que no cuente

para nada conmigo con eso de que hay que hacerle una fiesta ni nada por el estilo. Por eso, desde hace meses, ella se ha metido a trabajar con mi comadre que tiene su pensión en la parada de los minibuses, y como ella es su madrina de bautizo, le paga bien nomás, y la plata que le da, yo se lo estoy guardando, porque ella es capaz de gastárselo con sus amiguitas, y al final no va a haber ni para fiesta ni para nada.

Todo lo tengo bien pensado. Mañana, cuando ella se vaya a trabajar, las otras a la escuela y las más *ch'itis* a la guardería, con esa plata yo y el Seferino nos vamos a ir lejos de aquí para empezar a vivir de nuevo. La mayorcita, si quiere fiesta de quince, que escuche la radio (aunque también me la voy a llevar). Con tal de estar al lado de él, mis *wawas* que se jodan, yo sé que, como todavía soy joven, Diosito me va a estar mandando otras *wawitas*.

## El T'ojpi Universitario

**M**anuel reúne en sí todo cuanto debe tener un buen hijo: le gusta beber con entusiasmo, es mentiroso hasta negarse a decir la verdad, a las mujeres las trata peor que a meretrices, puesto que para él madre no hay ninguna, es mañoso como un secuaz de Ali Babá, y siempre está a la pesca de giles a quienes estafar con sus infinitas cualidades.

Por eso no me extrañó su actitud cuando le di la feliz noticia de que su madre había muerto, sabía que él se pondría chocho de alegría ante esa noticia; y acaso fue por eso que, ni bien me oyó, soltó una de esas sus carcajadas y me invitó a tomar unos tragos en Las Carpas, el antro que ambos solíamos frecuentar cada vez que nuestros cuerpos necesitaban alcohol, es decir, casi siempre.

Y es que él siempre es así. Lo que para la gente está mal visto, Manuel lo justifica, y con buenos argumentos, no en vano le decimos El T'ojpi Universitario, puesto que estudió no se qué materias en no sé cuál carrera. Pero de lo único que se graduó fue de químico, ya que con sus pases mágicos, lograba que el agua se convierta en aceite.

Su fórmula era simple: llenaba con agua un bidón plástico de cinco litros, y luego vertía un poco de aceite a granel para que flotase sobre el agua. Entonces llevaba sus bidones hasta el mercado más cercano, para venderlos más barato a cualquier ama de casa que, por ahorrarse unos pesos, le compraba a él su aceite antes que a sus caseras de costumbre. A veces, llegaba a vender hasta cinco bidones en un solo día. Se puede especular que ganaba buen quivo.

Pero a estas horas, los dos estamos bebiendo como si nos faltara tiempo, y el cojudo del T'ojpi Universitario está llorando, mientras persiste en seguir carcajeándose. Yo tengo que soportarlo porque es él quien va a correr con el gasto, y los tragos amargos como los que en estos momentos está tomando, uno tiene que digerirlos con bicarbonato.

Me olvidaba, el T'ojpi Universitario tiene la virtud de ser un degenerado de porquería. Tal vez ello se deba a que él domina a la perfección todas las perversiones que un muchacho puede llegar a conocer y saborear en sus cinco lustros de vida, porque fue la señora que ya es occisa quien se las enseñó, y de paso las practicaba con él en sus horas de aburrimiento.

## El dueño de la cantina

Cuando lo conocí a don Cornelio, era un simple diablo; ahora que la prosperidad ha llegado a sus bolsillos gracias a los beneficios que le reditúa su cantina, sigue siendo un diablo, próspero y lleno de dinero.

Con su cuerpo pequeño y rollizo, observa detrás de su mostrador que ninguno de los allí presentes se pase de listo, porque si bien esta cantina no tiene muy buena reputación que digamos, uno tiene que respetarla hasta con el pensamiento, de lo contrario, el infractor puede estar haciendo sus petacas para irse a otro infierno más superior.

Don Cornelio atiende su local todos los santos días de la semana, incluidos los de huelga, paros cívicos y feriados. Las puertas de su cantina se abren a las doce de la noche en punto, y se cierran entre siete y ocho de la mañana del día siguiente, siempre y cuando el dueño no le empine sus traguitos, porque, entonces, la farra puede durar hasta el mediodía.

Aunque la gilcada no entienda, el doncito no es ningún gil perejil, porque, para haber atendido su cantina durante tres más tres décadas, necesariamente tuvo que demostrar agallas y valentía. Lo

de las agallas le valió el apodo de Chochán, y cualquiera es valiente si tiene un revólver en las manos. Robos, peleas, violaciones, asaltos, clausuras, amenazas, y uno que otro golpe recibido en alguna parte del cuerpo, le han curtido de tal manera que nadie se la puede charlar bonito, ni mucho menos la-burarle el susto, puesto que, con el “¡hola, cómo estás, viejito!”, ya es un viejo matrero en estas cuestiones no apropiadas para menores de edad.

Enfundado en su eterna camisa azul y su pantalón negro, siempre saluda a sus clientes con un “hola, cómo estás, viejito”; esa frase es una especie de santo y seña para ingresar a un ambiente que no tiene nada de poético ni de bohemio. Todo lo contrario. Abriendo una puerta que pareciera la del baño, uno puede verse con una momia colgada de dos pitas, o en su defecto, conversar un poquito con una anónima *China Supay* que ofrece sus encantos, perdón, sus tragos, a los clientes, y que no es otra que Isabelita, la reina de este local (ay, dioses, qué bellas son algunas mujeres...), y que por lo tanto es parte del harén personal del caballero. O sea que se la puede observar por entremedio del humo de los cigarrillos, pero, garchar con ella, ni pensarlo.

A veces, en esta cantina se dan cita personas de diversa calidad, pelaje y categoría. Con decir que vienen hasta intelectuales de avanzada (siempre en grupo) que al día siguiente segurito van a estar alaraqueando ante sus familiares y amistades: “Yo fui a esa dichosa cantina, y nadie se ha metido conmigo”. ¡Pobres gilachos! Cómo quisiera que se vengan por aquí solitos y que pretendan hacerse los machitos...

Pero, aunque me digan casquero y que me estoy corcheando con don Cornelio, él —para mí y para muchos más— es muy buena gente, aunque su gordu-ra no nos permite apreciar este detalle. Si ve que estás más cagado que papel higiénico vuelto a usar, te invita una copa de trago bien cargadito, y la cuenta se la carga al primer otario que está descuidado en su consumo etílico.

Ahora, como a veces este tipo me ha hecho renegar más de la cuenta y por su culpa he zapateado, ya no es tan buena gente. Con decirles que, una noche en que yo estaba dipsomaniáticamente borracho, al extremo que no sabía ni mi nombre y peor mi apellido, me fui hasta su cantina con la esperanza de, sentadito en un rincón, poder entrar en calor y tratar de dormir un poco hasta recobrar por los menos el uno por ciento de mi sobriedad, él me botó como a la basura que no soy, y tuve que irme a *k'arapampear*, temblando como pingüino con parkinson, en las cercanías del boliche, y de yapa, comenzó a llover como en los días de Noé.

Volviendo a don Cornelio, ese pobre diablo caballerito que conocí cuando sus bolsillos estaban vacíos, mañana, cuando el último cliente se haya marchado a su casa o a otra cantina madrugadora, se quedará con la *China Supay* que hace nacer ilusiones y fantasías hasta entre los eunucos. Y pasará por su piel que, según nos ha contado, es tan suave, que da gusto acariciarla, mientras su mujer, vale decir, la madre de sus hijos, dé seguro estará metida en la cocina, o cuidando a sus *wawas*.

## Las cositas de la Berta

**A**llá por los años ochenta, cuando existían locales que amanecían, y donde era seguro beber hasta el cansancio sin temor alguno, en el Oriental, al calor de unos cuantos quema pechos y a los sonos de Santa Esmeralda, me encontraba apoyado sobre el mostrador jugando palitos chinos (colocando los palitos de fósforos sobre la boquilla de una botella vacía), con el Llama y el Difre.

La noche estaba como suelen estar las noches del verano paceño: lluviosa y fría, desesperadamente fría. Si bien había algunos clientes repartidos entre las mesas, se podía pensar que esa noche era demasiado tranquila porque no había sucedido todavía ningún hecho violento.

Fue entonces que entró ella, la muy mentada Loca Berta, aquella mujer que había hecho llorar a más de un gil en Las Carpas, la Casa Blanca, el Puerto Nuevo, el Oriental y el Averno. Esa mujer a la que ningún garzón improvisado podía levantarle la voz o la mano, o cobrarle más de la cuenta, si la persona que acompañaba a la Berta estaba mula de borracho.

Con su uno cincuenta y tantos de estatura, era rellenita, especialmente de las partes donde más les

hace falta, como a algunas que conozco, y con una carita de muñeca japonesa, pero de esas muñecas malas hasta el cansancio. Ni bien entró, se sentó frente a una mesa vacía, y perentoriamente le ordenó al Difre:

—Chango, por favor una botella y dos puchos.

Así era ella, educada cuando le daba la gana, y deseducada también cuando le daba la gana. Mas, como vio que entre los parroquianos no había ninguna cara conocida, mirándome con cara de madrastra, me llamó a su mesa al tiempo que agregaba:

—Ya que no hay con quién tomar, sentate y vas a farrear conmigo.

Ni modo, como yo estaba urgido de trago y con los bolsillos eternamente vacíos, acepté la invitación, y me cayó de perillas, porque la Loca Berta, a partir de ese momento me empezó a tratar como al niño de sus ojos.

La fama que ella se gastaba era debido a que, habiéndose criado en la calle, tuvo que pasar las de san putas para aprender a defenderse y cuidarse. Aprendió en carne propia lo que no se aprende en colegios ni por correspondencia, y aunque a veces se aplazó (parece que tenía uno o dos hijos), al final la respetaban, y guay del que se atreviera a querer romper ese respeto.

Es que hay cuates que por el solo hecho de estar invitando unos tragulines a una amiga, piensan que después, ella tiene necesariamente que rascarle la espalda mientras él está ocupado en los menesteres carnales. La Loca Berta me había contado, no sé dónde ni cuándo ni en qué circunstancias, que varias veces le habían hecho pagar derecho de piso, y que las más de esas experiencias eran para no repetir las. Por eso me gustó que esa noche me

hubiese llamado a su mesa, porque con ella se podía compartir algo semejante a la amistad, y, si se podía, alquito más.

Y es que así era, odiadorita como ella sola y cariñosita cuando se lo proponía. Tranquilamente podía estar chamurando con uno, y a los pocos minutos sopapeándolo a su gusto y mandándole una sarta de palabras que, por respeto a mis castos oídos no las puedo repetir. Pero, había que dejarla que se comporte como le diese su regalada gana, porque si no nos gusta que nos juzguen a nosotros, ¿por qué habría que juzgar conductas ajenas?

Esa noche la farra transcurrió como suelen transcurrir las farras cuando uno no tiene plata y tiene que estar mirando la cara de la que está pagando; no queda otra que darle la razón en todo, ella puede estar equivocada y aún así hay que decirle sí a todas sus macanas. La Loca Berta se mostraba efusiva y cordial; y como yo la conocía hacía ya rato, sabía que se traía algo entre manos.

Las botellas de trago —que más que trago parecían contener cicuta pura— llegaban llenas hasta la mesa, y de allí retornaban vacías al mostrador, para ser vueltas a llenar. En lo personal, a mí no me gusta mucho que digamos el fumar cigarrillos pero, esa madrugada, tuve que hacerlo por dos motivos: porque estábamos cerca del cuartucho donde estaba la lata que servía de urinario, y en la mesa vecina estaba un parroquiano parece que no conoció el agua desde el momento que nació. Olía como suelo oler yo, cuando, completamente perdido en el alcohol, dejo que se me aflojen los intestinos, y al despertar no tengo ninguna diferencia con un baño clandestino.

Ya que estamos hablando de baños, por esas épocas el ingreso a uno de esos lugares costaba treinta centavos, y el costo de una pieza en uno de los alojamientos de la zona era alrededor de quince lucas. Entonces, ella me dijo que quería descansar un poco porque había estado bebiendo desde hacia dos días. Reitero, quien suscribe las presentes líneas, estaba más pobre que mendigo en crisis, tuve que aceptar la propuesta deshonesta que violaba mis más castos sentimientos y ponía en tela de juicio mi voto de castidad. Salimos del Oriental, para perdernos entre las sombras buscando un faro luminoso que nos indique que allí recibían a las parejas de solitarios que desean conjugar sus existencias aunque sea por unos minutos.

Llegamos a un alojamientucho que hoy se ha convertido en un hotel donde la noche cuesta cinco dólares. Una vez que estuvimos frente al *llockalla* que oficiaba de administrador, ella sacó de sus bolsillos los últimos quivos que le quedaban. Pero para pagar el importe de la pieza le faltaban esos treinta centavos que cobraban para entrar a un mingitorio. El tipo no atendió a nuestros razonamientos, y como se negó a rebajarnos esos centavos, nos obligó a volver a la cantina y seguir tomando nuestros tragos infames esperando a que amanezca.

Nuevamente el alcohol tomó posesión de mí, y cuando reaccioné, estaba durmiendo en una banca cualquiera de un parquecillo cualquiera, quemándome de lo lindo con el sol, y con una resaca que no encontraba agua donde refrescarla.

De allí volví a la cantina donde el día anterior yo había estado enalteciéndola con mi presencia. Una

vez que llegué allí, vi que la Loca Berta estaba en una mesa rodeada de varios gilachos; en cuanto me vio, me llamó un momento, me dio a beber de su copa (que me cayó de maravillas), al tiempo que me susurraba:

—Sentate en cualquier mesa, de aquí te voy a mandar tragos para que no te seques...

## Una familia feliz

**¡C**ómo se te ocurre decirme que no sabías la desgracia que le sucedió al Portillo y a su mujer! Si hasta los más giles del río Rocha se han enterado, y hasta ahora no pueden creer que estas cosas puedan suceder todavía, cuando ya les ha sucedido todo cuanto uno se pueda imaginar.

Aunque creas que ya estoy viejo y ocioso, y esto te pueda parecer más chisme que noticia, te voy a contar que, hasta hace unos meses, el Portillo no quería saber nada de mujeres, porque su enamorada lo estaba haciendo zapatear que daba un encanto y el pobre estaba como pa perro a dieta. Mas, cuando se enteró que ella estaba esperando una guagüita, ¡caramba!, hubieses visto lo feliz que se puso el desgraciado. Desde ese mismo instante dejó para siempre (bajo juramento delante de la Anita y de quien te habla), la droga y el alcohol, y parece que también la confiscación de cosas que no le pertenecían. (No sé para qué te hablo en difícil, si tú eres un burro de nacimiento).

Había tenido eso que llaman fuerza de voluntad el cuatecito ése, porque cumplió su palabra como hombre. Y es más, al poco tiempo ambos se casaron. Te

hubieses muerto de envidia al ver la cara de contento que puso el caballero a las pocas semanas, cuando, todo tembloroso, agarró entre sus manos a la guagüita recién nacida, que parecía un llorón a sueldo. Me imagino que muchas enfermeras han debido pensar que una riada había caído sobre la ciudad.

La Anita también dejó de hacer sus macanas, y desde que estrenó su título de mamá, se dedicó solamente a su hijito y al Portillo, que salía a trabajar, ya no como antes (ni como vos que eres un vago profesional) sino como lo hace la gente decente.

¡No seas tan judo! Si el mismo cura que dirige el hogar donde vamos a torrar por las noches, fue el encargado de casarlos con eso de que hasta que ni la muerte los separe. Las señoritas de la oficina donde nos atienden cada vez que tenemos problemas con la ley, fueron madrinas de no sé qué cosas, y aunque a mí no me invitaron, después me enteré que estuvo muy bonita la fiesta y hasta la flamante esposa (que seguía entonces con su petaquita maternal), bailaba chocha de la vida porque su trajinar por las calles había terminado.

Puedes pensar todo lo que quieras, pero el Portillo era de bolas, y le metió fuerte a esa actividad indecente llamada trabajo. Ya no quería ni saber de nosotros, porque le seguíamos metiendo fuerte a lo que sabemos en el río Rocha, y de paso hacíamos llorar a los giles, y a los que no lo son, con nuestras maldades.

No te hagas al pendejo, bien sabes que nos venías a buscar para que te demos algunos jales, y de paso te llevabas tu buena reserva "para el camino", como decías, y ni bien te enterabas de todo lo que pasaba

en el río, corrías, patitas para qué las quiero, a chismear con los que paran en la Coronilla.

No sé por qué te estoy contando todo esto, si vos siempre has sido desleal con nosotros. Si ya no vives en el río, es porque tienes miedo de que el Dulcete te achure como a anticucho por la maldad que le has hecho, y por este motivo te has ido a vivir con los de la Coronilla. Además, estoy seguro de que, ni bien te despidas, corriendo te vas a ir a enguillar entre tus nuevos amigos para escapar de la bronca del Dulcete que te la tiene jurada. Y de paso les vas a chismorrear lo que les ha sucedido a nuestros amigos, que al final de cuentas, eran de nosotros, porque vivían y comían con nosotros, y no de ustedes, que siempre están manchándonos con las huevadas que hacen. Y la gente cree que somos nosotros los que les estamos haciendo llorar los días de feria en La Cancha de San Antonio.

Bueno, si no me invitas un toco bien nevadito, te puedo pedir gentilmente que te vayas a la mierda, porque la pena que todos los del río tenemos, es nuestra propia pena, y solamente nosotros tenemos el derecho de llorarla....

Este cojudito había querido que le cuente la verdadera historia de la Anita y el Portillo, y como éste es nuestro dolor muy propio de todos nosotros, solamente nosotros podemos llorar que la Anita haya muerto con esa enfermedad tan jodida (dicen que tenía SIDA), y que el Portillo se haya suicidado colgándose de un árbol.

¿Qué cómo está la guagüita? Muy bien cuidada, tiene muchísimos papás y mamás, y si pudiese hablar,

estoy seguro que les mandaría una hemorragia de saludos, pero ella no necesita favores de pobres, y mucho menos de ustedes, que para lo único que sirven es para venir a ver qué mierdas estamos haciendo, y después nos largan a los de la canela. ¡Como si no los conociéramos!

## El Jackson Five

**E**l Jackson Five nació para la música. Desde el vientre materno ya se movía al compás de las canciones que tarareaba su madre, mientras ella se acariciaba el vientre voluminoso que guardaba el recuerdo del hombre aquel que la poseyera salvajemente una noche y que, tras partir por la madrugada, le dijo que nunca más volvería.

De estatura mediana y caminar cadencioso y sensual, el tinte achocolatado de su piel demuestra claramente su hibridaje racial. Aunque se esmera en el cuidado de su apariencia, las innumerables jornadas de trasnoche y trago y de tironearse por calles y avenidas, le envejecían tanto la ropa, que, antes que ponerse a pensar en la manera de financiar los billetes necesarios para comprarse una nueva muda, las que vestía se estaban jubilandando y leves hilachas encanecidas aparecían por las costuras.

Una de las particularidades que le distinguían sobre los demás grones, era su bien acicalado peinado afro, laberínticamente ensortijado, que coronaba su cabeza y que tantas envidias y recelos inspirara entre sus hermanos de raza, como también entre los que no lo eran. Aquel peinado que inicialmente fuera puesto en boga

por Angela Davis y, tiempo después, por los Jackson Five—con Maycol a la cabeza— lo internacionalizaron.

Ese afro era más que suficiente para que propios y extraños le preguntaran cómo hacía para conservarlo tan lozano. Más de una mocosa inexperta, con la voluntad adormecida por el alcohol, la marihuana y el rock, dejó su inocencia sobre un camastro prestado, o sobre el piso de un callejón en penumbras, tan sólo por agarrarse de esa pelambarrera hirsuta y enmarañada, mientras el *black* cabalgaba sobre desiertos de piel y sudor.

La escuela callejera, al decir de un anónimo bohemio pataiperro, enseña a transgredir, uno a uno, los mandamientos, así como todas y cada una de las prohibiciones bíblicas, con la única finalidad de aguantar un día más, y con la esperanza puesta en que al día subsiguiente seguirá existiendo, porque los días venideros no cuentan. El Jackson Five pasó por ese entrenamiento, y mientras pasaban las jornadas, se hizo más canchero en eso de pelearle a la vida, a sabiendas que muchísimas veces le tocaría las de perder.

Aquellas fiestas que tanto entusiasmo despertaban en su espíritu juvenil y entre sus hormonas a medio desarrollar, eran el alimento que el Jackson necesitaba para sonreírle a la vida y a las jovencitas de su edad. Viernes, sábados y domingos, él era el *mein* de las *chojchotecas*. El resto de la semana había que rebuscárselas, porque todo cuerpo que se precie de serlo, necesariamente necesita de cosas tan indispensables que no se pueden dejar para el día siguiente. Comer, dormir, vestirse, tomarse un refresco, y otras insignificancias, cuestan dinero, y como el grone no era muy afecto a realizar actividades laborales, cada

vez que despertaba tenía que agudizar su escaso entendimiento para ver la manera de autofinanciarse.

Sus amigos (los pocos que tenía) desconfiaban para llevarlo hasta sus casas y alojarlo, porque habían comprobado que tras cada visita, aún extremando precauciones, siempre desaparecía algún objeto de valor. Y pese a que el Jackson era un vendecositas, esos mismos amigos frecuentaban su trato para aprender los últimos pasos impuestos por *disc jockeys* y expertos en *marketing*, siempre relacionados con el mundo de la discomanía.

Bailar no era rentable, y como borró de su vocabulario la palabra trabajo, a raíz del cuidado que requería su bien acicalado afro, es que el grone conoció a Pamela —mejor dicho— Pamela conoció al Jackson, y entre ambos hicieron nacer un romance de aquellos que no distinguen edades ni sexos, pero que permite experimentar con lo prohibido, siempre y cuando esa prohibición sea bien remunerada.

Por esas fechas el *black* todavía no había cumplido los dieciseis, y como en esa edad la sensualidad quiere fluir por todos los orificios, digo, poros del cuerpo, el grone tuvo que refrenar sus dotes de *latin lover* achocolatado, en pro de un bienestar inestable y agotador. Pamela supo sacar ventaja de la prerrogativa de ser ella la que daba de comer y vestía a su galán, y al menor flirteo de él hacia otra que no sea ella, le ofrecía desagradables escenas de celos, aunque sea en la calle, sin que le importase el qué dirán de los curiosos. Por supuesto que el Jackson sabía de estas cosas, y se sentía humillado cuando su hombría era ultrajada por un afeminado embadurnado de maquillaje, que le cantaba sin acompañamiento musical los

pormenores más íntimos de sus relaciones no aptas para menores de 21 años, cuando los únicos testigos habían sido las paredes del cuarto de Pamela.

El precio que tuvo que pagar para asegurarse un plato de comida, un techo no muy acogedor y algunos trapos para vestirse resultó muy caro. Por cumplir con esas necesidades llegó incluso a sacrificar sus bailes de fines de semana. En las noches, cuando esperaba que termine la sesión amorosa a la que estaba obligado a asistir, sentía dentro de su cuerpo que la música y los pasos de baile le hacían retorcerse de dolor y de placer, y el Jackson no podía hacer nada para refrenarlos. Después de haberlo meditado hasta el cansancio, tuvo que sacar una conclusión que indefectiblemente debía ser llevada a cabo.

Por eso, aquella noche, cuando estaba retozando con Pamela en el centro de la cama de dos plazas, esperó que ella subiese sobre su cuerpo, y mientras más acaramelada se puso, el *black* sacó debajo de la almohada el cuchillo que horas antes había escondido. Empuñándolo con fuerza, emocionado por la música que resonaba con más fuerza dentro de su alma, comenzó a abrir surcos profundos en el cuerpo de Pamela hasta dejarla inerte, mientras la sangre que le brotaba a borbotones, teñía de rojo púrpura el cuerpo del Jackson Five.

## El Penthouse

**P**ara quienes no conocen la ciudad de La Paz, pero han sido partícipes directos o indirectos de la entrada del Gran Poder, se les puede informar que el Penthouse estaba justo ahí, en plena rotonda del Señor del Gran Poder, en el interior de la tan mentada Posada, casona de la que salieron trovadores de la talla de Pepe Betancourt, Dino Maldo e incluso Jaime del Río.

Esa Posada que en una lejana madrugada oyó al bardo cantar sus coplas totalmente ebrio y emocionado “a la medianoche me encuentro borracho y en medio patio me pongo a cantar, por esa chiquita que tanto quiero...”, mientras sus ojos se inundaban en llanto. Versos que despertaron a los vecinos, quienes sólo atinaban a comentar que el poeta nuevamente se había enamorado.

La Posada, que con sus *White Stars* hizo tabla rasa con todos los equipos de fútbol que osaban desafiarlos, porque ellos eran dueños y señores de las canchas de Chijini y sus alrededores, así como también fieles devotos del Tata Gran Poder, al extremo de no haber aceptado un año que la Entrada Folklórica pase por una calle aledaña, puesto que el Gran Poder era de

ellos y de nadie más. Claro, se salieron con su gusto, porque en este país cualquiera puede ser un rey chiquito en su propio feudo, siempre que haya quienes les hagan caso.

Pues bien, cuando los de la Alcaldía demolieron la parte delantera del primer patio —incluida la ex comisaría de la D.I.N.— en el segundo piso, subiendo las gradas al fondo a la izquierda, existía un cuarto que estaba prácticamente abandonado. Cierta día, a falta de puerta, apareció con el portal cubierto con un plástico azul, dando a entender que allí se habían posesionado novísimos habitantes. De ese modo nació el Penthouse, lugar que aún hoy sigue causando polémicas entre los vecinos y no vecinos.

Pero contra lo que uno se pueda imaginar, el Penthouse no era, ni siquiera mínimamente, lo que su nombre indicaba. Era un solo cuarto de cuatro por cinco, sin ventanas, sin luz eléctrica, sin agua, y tan sólo con un bidón plástico a manera de bacinica que cada madrugada había que salir a echar a la calle, cosa que después los vecinos no hablen más de lo que ya habían hablado del Penthouse, de su dueño, y de las personas que lo frecuentaban.

Y es que allí, a cualquier hora del día, pero, preferentemente de la noche o en la madrugada, cualquier hijo de vecino podía apersonarse a hacer lo único que sabían hacer: beber como cosacos, aunque nunca hubieran oído hablar del Cáucaso.

La entrada era económica, bastaba llevar un soldadito (pequeño envase plástico con alcohol), algo de comer, coca, velas, cigarrillos, o algunos centavos para darle al Krugger (gerente propietario del Pent, lo que equivale a decir que era un eterno primero de mayo,

y experto en ramas afines). La persona que no lo hacía, corría el peligro de ser echada a media madrugada, o a cualquier hora del día, con su estúpida palabra de “salpicando, salpicando”, lo que equivalía a no saber dónde putas ir a amanecer, y peor todavía si el afectado no tenía un quivo en los bolsillos.

El mobiliario no era gran cosa. Un pequeño catre donde dormían el Krugger y su compañera, y, adosadas contra la pared tres medias payasas (colchones de paja) donde se echaban a dormir sus curdas quienes ya no daban con el cuerpo ni con el alma de puro borrachos, y como no había ni un trapo para taparse, uno tenía que colocarse lo mejor que podía para no sentir el frío de la madrugada. Sobre un alambre tendido cerca del techo colgaban varias prendas de vestir, y en uno de los rincones dos cajas de cartón contenían lo poco que habían reunido los que hacían mercado (ir a hacerse regalar verduras de las vendedoras), que ocasionalmente podía servir para preparar algo de comer para los guerreros y guerreras (bebedores consuetudinarios) que aún aguantaban los tragos que allí se preparaban.

Los tragos no eran gran cosa. Si había refresco, se mezclaba el alcohol con él. Si había yupi, el trago era un poco más agradable; y cuando no había nada de eso, cualquiera salía del Pent e iba hasta el lugar donde estaban asentados los peluqueros de la zona, a pedirles que le obsequiasen tan elemental líquido. Y ellos, los peluqueros, sabían que dicha agua era para preparar los tragos en el interior del cuarto que, a falta de puerta, contaba tan sólo con un nylon azul cubriendo la única entrada.

Decía que en el Pent no había luz ni nada por el estilo. Por las noches, cuando la mayoría de los guerreros llegaban hasta allí buscando un lugar donde aparentemente pudieran dormir un poco sin estar expuestos al frío nocturno, se prendía la vela, mientras se bebía como descosidos. Las risas de los allí reunidos llegaban hasta más allá de lo que ahora es la rotonda del Gran Poder.

Muchos de los parroquianos que allí se reunían, a veces guiados por la oscuridad, erraban los chorros de sus vejigas que antes de ir al bidón dispuesto como bacinica, llegaban a empapar el suelo de madera, y como la habitación no tenía más ventilación que la entrada, el aire se tornaba en algo mucho menos respirable que el de una cámara de gas. El suelo amanecía completamente empapado, y cuando en algún momento un poco de sol entraba en el cuarto, ese piso despedía un olor tan peculiar, que muchos de los que se encontraban allí, optaban por irse a buscar otra cantina donde puedan beber sin lastimar sus delicados olfatos.

Quienes visitaban el Pent, sabían a lo que iban y lo que les podía pasar. Aún así, cuando la noche estaba que daba un encanto y no había más que centavos en los bolsillos, ante la disyuntiva de tener que amanecer recorriendo las calles, o estar como cojudo en un rincón de alguna de las cantinas que amanecen en la Buenos Aires —con el temor de que cualquier momento lo boten, porque “está estorbando y no hay campo para los clientes que sí van a consumir”— no había otra opción que ir hasta el Pent, y ver qué pasaba por esos laredos.

Para empezar, uno tenía que ser llevado por uno de los habitués del cuarto, no vaya a ser que sin

conocer a nadie uno se meta en la boca del Pent. Después, tras haber dado su cuota parte para ser admitido, uno tenía que acomodarse lo mejor que podía. Ante la falta de asientos, lo más práctico era sentarse sobre una de las payasas, apoyar la espalda contra la pared, y esperar que algún voluntarioso le sirva en una copa plástica un poco de trago, y de a poco entablar conversación con los demás.

¿Y en qué consistían las charlas? Como toda conversación de borrachos, siempre giraban en lo mismo: borracheras, violaciones, robos, infidelidades, peleas, chismes, vidas ajenas, y demás tucuymas, que al final de cuentas —cuando uno salía del sopor en el que estaban metidos— generalmente no se acordaba casi de nada, y si se acordaban, esos recuerdos eran tan intrascendentes que no valía la pena guardarlas en el arcón de los malos recuerdos.

Ya he dicho que el aire que allí se respiraba era pesado y sofocante. Y muchos de los que esporádicamente aterrizábamos en el Pent no olíamos como huelen las personas normales. Pies y axilas que clamaban por un poco de aseo, cuerpos impregnados de sudor y suciedad, alientos que matarían hasta a una rata de albañal. Y todos tenían que soportarlo, porque en el Pent se bebía como bestias, y al que le llegaba el sueño, sólo le quedaba acomodarse en un rincón y echarle un sueñazo de esos que posteriormente te quitan parte de los efectos de la farra.

Me olvidaba decir que también había un alojado permanente, un ratoncito de pocos meses de edad, que aprovechaba a que todos se hubieran dormido para salir en busca de comida pero —como ésta siem-

pre escaseaba— el pobre estaba predestinado a terminar sus días como fakir, de puro flaco que estaba.

Pero, y aquí es necesario que el “pero” esté presente, el dormir no era tan seguro que digamos, porque el Krugger era experto en adueñarse de lo que no le pertenecía. Las cosas que se le presentaban a la vista, él las consideraba de su única y exclusiva propiedad, especialmente los zapatos, las chamarras y el poco o mucho dinero que los alojados del Pent podían tener en sus bolsillos.

Este salvaje era bien desgraciado. Bastaba que uno se durmiera para que sus manos entren en acción, y los demás, *callaros* nomás, porque corrían el riesgo de que la siguiente noche no haya otro lugar donde ir a beber como beduinos, ni dormir bajo techo, aunque a uno le roben lo poco que tenga.

¿Un ejemplo? Cierta madrugada vino el Indio Huascacho trayendo para los guerreros un general (una botella plástica de un litro de alcohol), una botella de dos litros de gaseosa y cigarrillos. Minutos después salió del Pent sin decir nada, y cuando volvió, traía entre sus manos bolsas plásticas con chairito, que había ido a comprar al mercado Uruguay, y que repartió a los que estábamos bebiendo a la salud de vivos y muertos. Por demás está anotar que la farra siguió sin contratiempos, monotonía que a los pocos instantes me hizo cabecear de nuevo. Cuando desperté (media tarde, supongo), el Huascacho estaba durmiendo a mi lado, completamente mulo de borracho, sin chamarra y sin zapatos. Todos los que en la mañana habían estado chupeteando como animales en el Pent habían emigrado quién sabe hacia qué boliches, por lo que era justo y necesario que yo también haga lo mismo.

Claro que aquí hay que destacar un pequeño detalle: de los que habían sido víctimas del Krugger, ninguno escarmentó. En cierto modo, el Pent tenía una especie de encanto, allí uno podía dar rienda suelta a sus reprensiones de variada índole, y como iban personajes de toda calaña y condición social, las situaciones que se daban no siempre eran las mismas.

Alcohólicos, panaderos, cocineros, gays, guerreros, guerreras, lesbianas, escritores, ex oficiales, e incluso economistas, eran habitués que venían a echarle sus tragos, porque allí podían beberlos tal como les gustaba: fuertes y bien cargados. Incluso, si nadie se daba cuenta o el Pent estaba vacío, uno podía echarse sus polvitos con cualquiera de las que Vargas Vila llamaba "mercenarias del amor", que también solían venir a intoxicarse en ese cuartucho. Y en esto, de los que frecuentaban el Pent, ninguno se puede hacer el gil, porque todos sabían qué pasaba ahí adentro, y por añadidura, en las cantinas aledañas.

Los vecinos cada vez se quejaban al dueño de casa sobre las cosas que pasaban en el Pent. Como el propietario vivía en otra zona, casi nada hizo para que por lo menos se frenaran los desmanes, hasta que un día sucedió lo inevitable. Aprovechando que el Penthouse estaba vacío y ni siquiera el Krugger estaba por las cercanías, el dueño hizo tapiar la entrada con tablas clavadas horizontalmente, dejando encerradas las pocas pertenencias que el Krugger y su compañera tenían. Desde esa fecha comenzó el declive violento del Penthouse, cuya suerte quedó sellada, y pasó a la historia.

Meses después, algunos obreros procedieron al destechado del cuarto, y, no pasó un pedazo de tiempo

para que otros personajes desmontasen adobe por adobe sus paredes, quedando en la actualidad sólo las gradas que conducían hasta ese segundo piso.

El tiempo siguió su transcurrir intrascendente, y los alojados emprendieron sus respectivos rumbos (antes de su clausura uno de ellos marchó rumbo al cementerio). El Penthouse, en la actualidad, pervive en la memoria de los que lo conocieron, y que por ende, solían ir allí a beber como desgraciados.

## El prontuario de Las Tacas

**E**n la ciudad de Cochabamba, más precisamente en la ladera posterior del cerro San Miguel, bajando de lo que era la piscina, está ubicada Las Tacas. Para los borrachos cochabambinos, este lugar es una especie de oasis reparador, luego de sus arduas jornadas metiéndole tupido tanto al alcohol como a la chicha. Allí, desde las cinco o seis de la mañana, uno puede meterle sus tragos cómodamente sentado, ya sea al sol o a la sombra. Si bien es cierto que las casas vecinas tienen un aspecto aceptable, la pared de adobe de Las Tacas ya está descascarándose ante el paso ineludible del tiempo y la dejadez de los dueños por refaccionarla un poco.

Una pequeña puerta de madera cubierta de latones oxidados marca el ingreso hasta un pequeño patio cuadrangular de piso de tierra, donde se puede percibir que por dicho piso no ha pasado nunca una escoba, o por lo menos alguien hubiera hecho el intento de barrerlo. Alguna vez existió un par de gallinas que paseaban su ociosidad por el patio, lo cual era pábulo para que los parroquianos se distrajesen por lo menos observando cómo ellas buscaban su comida donde no había nada.

El piso de tierra permanentemente está siendo humedecido por los brindis que realizan los clientes, que, aunque están más pobres que mendigo en el desierto, siempre se las agencian para tener dentro de sus bolsillos algunas monedas que les puedan servir para adquirir coraje, y así salir rumbo a La Cancha y sus alrededores a vender sus productos (mercadería, dicen ellos).

El trago es servido en pequeñas latas de cerveza Taquiña, cada una cuesta cincuenta centavos, y el contenido no es otro que un poco de alcohol con agua de sultana caliente. Eso sí, hay que tener una sed bárbara para tomarlo, porque como no tiene azúcar, uno puede imaginarse que el sabor no es muy recomendable que digamos.

Parte del patio está cubierto por latas oxidadas de manteca y latones, y alguno que otro pedazo de nylon, para que los rebusques —vale decir los vendedores ambulantes que trajinan calles y mercados ofreciendo desde desarmadores, agendas, cepillos dentales, hasta agujas para cocinas a gas— se junten a manera de hacer hora. Y cuando la madrugada termina de dar paso al nuevo día, solitariamente o en grupo se van a La Cancha a exponer sus productos.

Allí comparten solamente entre ellos. Choros, volteadores de borrachos, minitas y demás especímenes se colocan en una esquina, y allí pueden hablar tranquilamente de sus fechorías y hazañas de las últimas horas, mientras la persona que está más cerca de las latas con trago se encarga de que éste circule regularmente entre los reunidos.

No hay mesas ni sillas para los clientes. Sobre adobes y ladrillos están colocados viejos tablones de

madera, a manera de bancas, cubiertos con frazadas y trapos viejos; en el centro del corro se apilan las latas vacías, y a su lado aquellas otras que aún tienen su contenido etílico.

Si no hay mesas ni sillas, tampoco se puede aspirar a que existan vasos, porque lo único que sirve para que los demás se sirvan, aparte de las latas de cerveza, es un pequeño envase plástico (acaso algún recipiente farmacéutico) que cumple la misma función que un vaso, del cual todos deben compartir. No importa que quienes lo hagan estén sanos o enfermitos.

En el rincón, donde hay una especie de cuarto —no sé si a medio construir o a medio destruir—, sobre unas piedras que sirven de gradas para subir hasta donde viven los dueños, suelen sentarse o estar de pie los solitarios. Prefieren beber solos, les molesta estar acompañados, o simplemente desean tomarse sus tragos sin que nadie les manguée, o los demás se han cansado de ellos porque siempre tienen sed, pero nunca aportan para comprar más trago. Quienes más frecuentan ese sector son el tío Pitillo, el P'ajla; el Machetero de la avenida Oquendo, y ocasionalmente el Efraín y su mujer. Como los grupos están claramente establecidos, ocasionalmente se juntan, puesto que es sabido que siempre hay bronca entre ellos.

Parece que Las Tacas funciona desde hace muchos años, los envases en los que venden tragos están tan corroidos por el tiempo, que si uno de los clientes aún no ha muerto con los intestinos oxidados, es porque el óxido de las latas persiste en quedarse en sus envases originales. Los fines de semana (sábado, domingo y lunes), que son los días en que los clientes

atiborran el local, si uno tiene tiempo como para perderlo miserablemente, puede contabilizar casi un centenar de latas circulando entre las mesas inexistentes de los existentes parroquianos.

Pero no todo es placentero y grato en el interior de este local con ínfulas de llegar algún día a ser un antro de verdad. La policía suele realizar esporádicos recorridos por allí, para reunir mano de obra regalada para distintos fines que no siempre son en beneficio de la comunidad. La cercanía del cuerpo de Bomberos (que está a unos 500 metros de distancia) hace que sus efectivos se apersonen a Las Tacas y de allí saquen a los indocumentados o a las personas que están deliciosamente borrachas, para que en su unidad se dediquen al lavado de los autos, barrido del patio u otros menesteres domésticos, dicen que “en un afán de rehabilitarlos y que estas personas sean de utilidad a la sociedad”.

También vienen los del 110, y si sumamos a esto las visitas de los gendarmes de la Alcaldía, uno puede colegir que la permanencia allí no siempre resulta grata y tranquila. Si uno quiere hacerse el chistosito, puede ser que alguien se queje a la autoridad, y con el cargo de escándalo en vía pública, el chistosito tenga problemas con la ley.

El horario de atención suele ser desde antes que amanezca hasta pasado el medio día. De lunes a lunes, incluyendo domingos, feriados y días de paro cívico. Cada tacazo cuesta cincuenta centavos, y si uno tiene diez lucas en los bolsillos, la pasa bomba, porque puede gastar allí unos tres pesares, y con el resto, una comidita de a peso en Los Agachaditos, para ir donde doña Blanca, y allí meterle unas chicharras con cocol,

hasta que lleguen los amigos, y meta a hablar mal de los cuates que todavía no han llegado.

Claro, hay que destacar que muchos de los clientes que han cruzado su puerta, una vez que salieron de allí ya no retornaron porque sucumbieron al pie del cañón como buenos guerreros. Entre los que aún perviven en el recuerdo están el Palmiras, el tío Max, el Tractor Amarillo, el Panteras Menor, la Estela, el Loco Oscar, el Javicho, y otros más.

Haciendo un poco de historia, hasta ahora nadie ha podido establecer de quién ha sido la idea de vender tragos utilizando las latas vacías de cerveza. Para ser honestos, nadie cree que el viejo Max haya sido el de la idea, porque para lo único que sirve es para estar gritando a cada rato a los clientes cuántas latas van a pedir, y su única preocupación (al menos eso creo), es la de ganar dinero sentado cómodamente en su banca, calentándose al sol.

De principio, no es recomendable asistir a este tipo de antros, porque de entrada uno puede ser catalogado como delincuente, mientras que las mujeres suelen recibir insultos nada recomendables ni para ser repetidos. Y es que la serie de delitos ocurridos en el sector se volvió tan larga, que los vecinos no tuvieron otra alternativa que culpar a los que frecuentan Las Tacas, santificando a los que van diariamente a la piscina abandonada de la cima del cerro, que sí son culpables de todo lo malo que sucede en la zona. Con decir que hasta yo tuve la suerte de ser víctima de sus fechorías. Allí suelen reunirse desde polillas hasta cleferos, pasando por artilleros, minas en decadencia, y marulos.

Con eso de la seguridad ciudadana, allá por los años 91-93, en las inmediaciones de la piscina se abrió

una especie de retén policial, para que se encargue de vigilar la zona. Mas, el problema social era tan complicado, que los efectivos no dieron abasto a la demanda de sus servicios, a tal punto que llegaron a permitir que a cualquier hora del día este tipo de personas se den cita en las gradas ubicadas a sólo cien metros de la Av. República, al lado de la chichería Las Estrellas, y allí planifiquen sus andanzas. Algunas veces éstos suelen llegar a Las Tacas, pero prefieren estar en la piscina, porque saben que allí no los molestará nadie, y podrán beber y volar a vista y paciencia de quienes osen mirarlos de reojo.

## Memorias de un esclavo

*Con cariño, para todas las gatitas y gatitos  
que vagabundean por los techos.*

**A**ún no se había disipado en el ambiente la gloriosa derrota que sufriera nuestra valerosa selección de fútbol en el partido inaugural del mundial USA 94, frente al humilde equipo de los teutones, cuando, ese sábado en la mañana, descubrí que —por andar pataiperreando— una gatita de alcurnia había perdido el camino de regreso al lugar donde residía. Como no conocía la ciudad, subió las gradas del primer domicilio que encontró, y esperó pacientemente a que apareciera un gil para preguntarle dónde estaba. Por demás está agregar que el primer gil que apareció fui yo.

Ella no portaba documento alguno en ese momento, presumí que tendría a lo sumo tres meses, y como en este tipo de menesteres lo mejor que puede hacer un ciudadano responsable como yo, es no avisar a las autoridades (hay tanto tráfico ilegal de humanos y animales menores de edad), opté por hacerme el desentendido, mientras desviaba mi mirada a otra parte. Un maullido, mezcla de enfado e intolerancia, hizo que volviera mis ojos hacia aquel capullo de peluche, y, sin pensar en disquisiciones existenciales y de honradez, la tomara entre mis manos, sin que aquella imillita sinvergüenza opusiera resistencia alguna.

¡Para qué lo haría! Tuvieron que pasar menos de treinta minutos para comprender que yo, que me consideraba la persona más libre que habita la tierra, me había convertido en un mísero esclavo de una gatita imberbe e irresponsable, que ya empezaba a hacer y deshacer mi recién perdida libertad.

La muy ladina, ni bien comprendió que yo ya era su vasallo, se subió sobre mis hombros, y tras comprobar que mi cuello era tibio y, por lo tanto podía restregarse contra él cuantas veces le diera la gana, se agarró con sus uñas a mi chompa, al tiempo que yo subía las gradas hasta el tercer piso (que era donde vivíamos los estantes de la casa). Ella estaba alegre, pues, ni bien había perdido una casa, había encontrado otra que era mucho mejor, porque contaba con el servicio de un esclavo personal disponible las 24 horas del día.

Y desde aquel instante Duvija, la muy acaparadora, tomó posesión de toda la casa, y, posteriormente, de las casas vecinas, los techos y demás alrededores. Su nombre era una contracción de Eduviges, y como presentí que ella iba a gozar los placeres de una vejez que estaba muy lejana todavía, generalmente me refería a ella como a Duvieja.

Ninguno de los que habitábamos la casa (Alfredo, Sara María, el Bicho y yo), habíamos tenido tan cerca a una digna representante de la gatuna familia real de los siameses. Una figura esbelta que más de una *ch'api* aprendiz de modelo hubiese querido para sí, elegancia y soltura en el caminar, discreción en todo lo concerniente a la vida privada de los estantes y habitantes de la casa; exigente paladar para las comidas y fino tacto para cuando las cosas estaban que ardían

(y por lo tanto, había que ponerse a buen recaudo para no ser alcanzada por las consecuencias), hicieron de ella, desde un principio, la verdadera dueña y señora de toda la casa, con sus habitantes incluidos.

Barcino, el gatazo cimarrón que era nuestra mascota, pasó a un vergonzoso segundo plano, porque por ir a ver los partidos de fútbol del mundial USA 94 en otros techos, no se dio cuenta que solapadamente le habían serruchado el piso, y ahora una gatúbela llena de blasones, prosapia y alcurnia, ocupaba merecida o inmerecidamente su lugar (siempre me he inclinado por lo segundo).

Mas, Barcino no iba a permitir que las cosas avanzaran más de lo que su orgullo podía permitirlo, y armándose de paciencia, se puso a meditar el porqué de este estado de cosas. Si no podía hacer nada por el momento, optó por dejar que el tiempo arreglase las cosas de la mejor manera posible para sus intereses.

Y para mí, desde ese día cambió radicalmente la rutina. Yo, que gozaba plenamente cuando me echaba en mi camastro a descansar las fatigas ocasionadas por mi peregrino caminar, tuve que dejar de manera voluntaria que Duvija se posesionara de la mitad de él, para que, a cualquier hora de la jornada, pudiese echar sus descansitos, sin el temor de que algún profano los interrumpa, porque bastaba una sola de sus miradas profundas y enigmáticas, de esas miradas que a uno lo desarman desde el principio, para que Morfeo nuevamente sea generoso con ella. De antemano; todos respetábamos esos sus momentos de meditación onírica, porque una damita de abolengo, por muy flojita que fuera, merecía dormir hasta las quinientas.

Y vaya que era más curiosa que vieja metiche esa imilla ociosa. Bastaba que uno abriese un cajón cualquiera para que su hocico ya estuviera metido dentro, inspeccionando todo cuanto había en su interior. Venía una visita, y la intrusa se sentaba entre medio de quienes estaban conversando, mirando atentamente a cada uno, como prestándose a intervenir en el diálogo, y dicha visita hubiese venido exclusivamente para hablar y verla a ella y no a otra persona de la casa. Cualquier sonido que provenía de las gradas o del techo, ya la tenía a ella allí, investigando por su cuenta, mientras olfateaba todo cuanto podía interesarle. O, ante la carencia de sucesos importantes, se iba por los techos a buscar situaciones que sí le concernían. Ahora ya me entenderán qué es lo que quería expresar cuando me estaba refiriendo a su mal disimulada discreción.

El primer afectado fue, como era de prever, Barcino. Le habían destronado del sitial preferencial que tenía, y él no iba a tolerar que las cosas empeoraran. Había que arreglar ese estado de cosas, y pensando que era hora de actuar, Barcino puso en práctica sus lecturas de Maquiavelo, y tomó para sí la educación de la Duvieja, a la que más que educarla, la terminó de echar a perder por completo.

Barcino no era un gato cualquiera. No, señor. Él era un gato intelectual y se pasaba horas de horas alrededor de los estantes de libros de la sala, y seguro que aparte de leer los títulos expuesto en los lomos de las obras, también se daba sus buenas lectureadas de obras que le podían ayudar a salir triunfante de la situación difícil en que se encontraba. ¿No lo creen? Ahí están todavía los textos que muestran que era un ratón de biblioteca,

y que demuestran que era un perfecto devorador de obras, y que, por su lectura exagerada, muchos libros han perdido irremediabilmente varias de sus páginas. Y las cosas, inicialmente le salieron como patada de burro en una de sus siete vidas.

Pero, aparte de esta breve relación de hechos, estuve leyendo un artículo referente al cuidado de los gatos siameses, me enteré que estos ejemplares tenían la costumbre de asearse periódicamente para mantenerse saludables, y como yo entendí que periódicamente significaba una vez a la semana, consultando con los demás habitantes de la casa, llegamos a la determinación que tanto el Barcino como la Duvieja, cada semana tenían nomás que ducharse, eso sí, menos los días fríos o nublados.

Esto fue el acabose para el viejo Barcino, porque un gato como él podía permitir todo, hasta que le seruchen el piso, pero, bañarse, eso sí no entraba en ninguno de sus siete entendimientos. Así que, una mañana, mientras degustaba parsimoniosamente su bofe-desayuno, sintió que unas manos se aferraban a su lomo, y sin entender qué pasaba, fue llevado hasta el interior de la ducha para recibir su bautizo en eso que los que presumen de ser higiénicos habían sabido llamar aseo personal.

Creo que todo el barrio se asustó al escuchar aquellos gritos desesperados de Barcino, el teléfono no cesaba de sonar, y yo en esos momentos no estaba para atender llamadas, porque acompañado del Bicho, apenas podíamos sostener las patas y la cabeza de Barcino, que se revolvía como gato bajo la ducha, mientras gritaba desafortadamente su *miahogooo...*

“Te ahogues o no, igual nomás, gran puta, te vas a duchar...”, tuve que gritarle, y una vez que hube acabado de enjuagar los restos de champú, lo coloqué encima de las calaminas del techo, para que se vaya por ahí a caminar como gato mojado, mientras el sol cumplía con la tarea de secarle el cuero.

Más de diez personas que transitaban por las calles vecinas creyeron que se avecinaba un chaparrón, por la cantidad de agua que les caía desde las alturas, y al ver que en el cielo no había ni una misera nube, debieron creer que esos goterones eran un capricho más de la naturaleza.

Con la Duvieja fue distinto. Ella no iba a rebajarse al papel de llorona igual que Barcino. No, caballeros, su alcurnia no podía permitirle que caiga al triste papel de plañidera, por lo que aguantó estoicamente la ducha, y cuando ésta terminó y la coloqué sobre el techo, dignamente caminó varios metros más allá, para sacudirse con delicadeza, y después, irse a pasear por donde nadie la conocía, a manera de secarse el cuerpo, y de paso conocer otros nuevos techos y nuevas aventuras.

La rutina era de lo más aburrida para el esclavo *ad honorem* al servicio de la pareja de gatos. Ni bien despuntaba el sol entre las brumas de la serranía del Tunari, y las aves despertaban alegres porque tenían un nuevo día para cantar gozosas a la creación, con los párpados cayéndoseles sobre los ojos, tenía que levantarse de la cama (que al fin y al cabo ya no era su cama, porque la gata de marras se había apropiado de ella, mientras que Barcino seguía durmiendo sobre el sillón colocado a un costado del pasillo), e ir hasta la cocina a cumplir con sus deberes de *cheff*. Allí, abría

la puerta del refrigerador para sacar trozos de bofe y descon-gelarlos con el agua que había sobrado en los termos, y mientras el agua caliente trabajaba con los trozos de bofe, encender las hornallas para preparar el desayuno.

Hay que reconocer que no nos habíamos preocupado por tomar las debidas precauciones en cuanto a velar la conducta de la susodicha (pensábamos ingenuamente que el Barcino corría con esos menesteres), porque sin llegar a un remedo de romance generacional (aquí no tiene nada que ver José José, con su "Cuarenta y veinte"), la echó a perder a la mocosa, y sin más que acotar, la volvió una perfecta exploradora de techos.

Decía que era exigente en cuanto se refiere a la comida, y esto se explica de la siguiente manera. A pesar de que todos los componentes de la familia vivíamos a escasos cincuenta metros de la principal plaza de armas de la capital del valle, la pobreza franciscana siempre nos acompañaba como una especie de recordatorio de que éramos mortales, y por lo tanto, no podíamos darnos el lujo de dilapidar lo poco que ganábamos esporádicamente en lujos terrenales, o en comilonas orgiásticas.

Por lo tanto, Duvieja tuvo nomás que conformarse con lo que había en casa, y no era otra cosa que trozos de bofe y nada más que bofe, a servirse todos los días de la semana, incluidos los domingos y feriados. Vale decir, que tanto ella como Barcino tenían una única y exclusiva dieta, lo cual, a la larga, tuvo resultados funestos para ella, ya que por una especie de descalcificación, perdió uno de sus dientes caninos, y un día de esos ya no quiso comer nada de nada.

Alarmado más de lo debido, la tuve que llevar a su veterinario de cabecera para que la atendiese de emergencia, porque a pesar de que ella siempre se mantenía delgada y esbelta (una verdadera *twiggy* felina), temíamos que pudiese enflaquecer más todavía. Su veteco, digo, veterinario, con fingida preocupación le vio los párpados, le tomó el pulso, le midió la presión arterial, controló sus reflejos, le sacó varias radiografías; realizó varios análisis de su orina, heces y sangre; examinó atentamente su lengua (la de ella), y tras sesudas meditaciones de las que sólo salía para demostrar su preocupación, dictaminó: "La salud de esta gatúbela está peor de lo que había supuesto en un principio. Hay que cambiar radicalmente su dieta, y por lo tanto hay que darle a comer moderadamente hígado de pollo (aunque le salgan plumas y se ponga a cacarear como gallina clueca, porque patas de gallo ya las tiene), y por sobre todo, alimentarla con productos *guau guau*, que siendo alimentos para perros, en estas circunstancias es lo más recomendable"

El chistecito me costó sus cincuenta morlacos, y tras arroparla entre mi chamarra y mi chompa, la llevé nuevamente hasta la casa, y, ni modo, había que consentirla y malcriarla peor de lo que ya estaba, porque, al fin y al cabo, la Duvieja estaba enfermita, y había perdido uno de sus dientes más queridos.

Por primera vez en los anales de la ciencia (al menos eso es lo que yo creía), una gata se estaba alimentando con alimentos para perros. Y la cosa mejoró ostensiblemente, puesto que, como la comida estaba previamente molida y precocida, hizo que por las mañanas, cuando un coro de dos voces anunciaba a moros y cristianos, que por mi

irresponsabilidad y mi modorra, los integrantes del coro estaban muriendo de hambre, yo volvía a asumir mi papel de *cheff*.

Pero la cuestión había mejorado, porque era calentar un poco las porciones correspondientes con agua tibia, y listo el pollo, digo, la comida para perros. Para el Barcino la cosa le era indiferente, porque, acostumbrado a comer lo que se le presentaba, el cambio de dieta no le mosqueaba en lo absoluto. En cambio para la Duvieja, fue un poco inaceptable al principio; después, se acostumbró, porque sabía muy bien (creo que siempre lo supo desde el momento en que me conoció), que su esclavo iba a complacerla clandestinamente y sin que la dueña de casa se dé cuenta, con pedazos de carne molida, y en algunas ocasiones con un poco de carne asada.

Barcino, después de haberla craneado durante mucho tiempo, puso en práctica sus planes. Inicialmente le enseñó a la birlocha a subir al techo, para lo cual puso todo su empeño y dedicación. Y el que salió perdiendo fui yo, porque —como creo que no les he contado todavía— la dueña de la casa, vale decir la cabeza de la familia donde estábamos albergados, sin saber qué era la ecología, era amante de las plantas y las flores, y tenía tal predilección por ellas, que si una sola se resfriaba o se ponía pálida por la falta de riego, el galeote tenía que soportar un apocalíptico sermón bizantino por ese tremendo descuido. —

Y como todo el patio estaba colmado de macetas de todo tipo y tamaño, la imberbe tardó sus buenas jornadas en aprender las tácticas y artimañas que pacientemente le enseñaba su maestro, y quienes

pagaron sus estructuras rotas y descoyunturadas, fueron las macetas, y, por ende, las plantas y las flores

Pero, además, el principal perdedor fui yo, puesto que siendo la imilla una de mis consentidas, necesariamente tenía que ser quien se encargue de hacer desaparecer las huellas de sus ejercicios acrobáticos, para evitar las furias de la señora que solía tronar que daba un encanto si es que alguien osaba atentar contra sus rosas, helechos, varas de San José, amapolas, tréboles e ilusiones.

Al menos tenía algo a mi favor. Zalamero como soy, por las mañanas al entrar en el cuarto donde dormía la pareja de cónyuges, a manera de saludarlos y, como si la cosa no tuviese importancia, sugería qué se podía comprar del mercado cercano tanto para el almuerzo como para el aseo de la casa. Entonces (cuando una o dos macetas habían pasado a mejor vida) aprovechaba para sugerir a la doña que permaneciese un poco más en cama, porque yo me iba a encargar de las diligencias caseras. Claro que momentos antes había borrado todas las huellas del delito de la Duvieja, y tras haber ocultado las plantas afectadas, iba presuroso al mercado a comprar maceteros similares a los que la irresponsable había quebrado. Por demás está agregar que quien pagaba los gastos emergentes de esta situación era yo. Con anotar que quedé más pobre que prestamista en bancarrota.

En cuanto a la higiene, la birlocha era nomás delicada, porque cuando su bien delineado cuerpo le pedía ser atendido en esos menesteres personales, silenciosamente subía al techo a dar rienda suelta a sus intestinos. Después, bajaba como si nada hubiese sucedido, y continuaba con su rutinaria existencia.

Pero, cuando hacía frío, llovía, o simplemente tenía flojera, optaba por lo más práctico: la muy ladina utilizaba como retrete la primera maceta a su alcance, y que las plantas zapateen.

Total, que el aprendiz de jardinero siempre estaba dispuesto a paliar estos casos de emergencia, y, ni modo, había nomás que camuflar los destrozos ocasionados por la sinvergüenza. Se aprovechaba porque sabía muy bien que era la mascotita más tierna, sensible, mañuda y cariñosa que existía en la tierra, y además tenía bajo su férula un esclavo diligente.

Con el importe erogado en la compra de ingentes cantidades de macetas y otros elementos afines, las vendedoras de macetas del mercado La Pampa, de la noche a la mañana, se convirtieron en las mujeres más ricas de la ciudad, por obra y gracia de un galeote que perdió toda su fortuna ya saben gracias a quién. Y parece que las pocas clases que había aprendido en cuanto a sumar se refiere, fueron insuficientes para cuantificar a cuánto ascendieron dichos montos.

Claro que también hubo plantas que pasaron a mejor o peor vida, porque, como siempre solía suceder, mis bolsillos aleteaban por falta de dinero, y cuando eso sucedía, uno se olvidaba de regarlas, y al final quedaban de tal manera, que no servían ni para leña.

Mas, la imillita ni se mosqueaba por este tipo de detalles, puesto que si estaba aprendiendo los tejemanejes de sus ejercicios malabarísticos, era lógico pensar que uno, o sea su *perkins*, tenía que correr con los gastos emergentes de este tipo de actividad física.

Y vaya que no tardó mucho tiempo en ser experta para esa labor. Por las mañanas, ni bien terminaba

su desayuno, miraba fijamente a Barcino, y cuando éste ya estaba encaramado en el techo, la birlocha subía detrás de él, pero no como su profesor, sino que primero trepaba hasta el mueble de las macetas más delicadas (¡zas!, una maceta menos), después un salto hasta la canaleta, y de allí al tejado. En cambio, Barcino era tan capo, que simplemente subía hasta el lavarropas de cemento, y de allí, aferrándose con sus uñas a la pared, ya estaba arriba.

Menos mal que estas operaciones las realizaba a primeras horas de la mañana, vale decir, cuando la doña estaba todavía en cama, y aunque el ruido que producían las macetas se podía escuchar a cien metros a la redonda, creo que ella se hacía la del otro viernes, porque ya sabía que el tutor iba a reponerlas inmediatamente.

En lo que sí un buen día de esos no pudo disimular las fechorías de la imilla, fue cuando se descuidó de hacer desaparecer el retrete florido que usaba periódicamente la salvaje. Debido al no tan agradable olor que despedía, puso en evidencia semejante barbaridad, y tuvo nomás que llevar, en horas de la noche, tan desagradable encomienda hasta un contenedor vecino, haciendo la promesa de comprar en breve plazo otra maceta conteniendo flores más lindas y a prueba de gatitas.

Debo reconocer que en innumerables oportunidades estuve a punto de sacrificar a los dioses mitológicos la existencia de aquella criatura tan especial. Pero bastaba que recordase los arrumacos, ronroneos, lengüetazos, *miaus* zalameros, y otras armas que ella utilizaba para contentar a su galeote, y toda la furia pasaba a un segundo plano, lo que era aprovechado

por esa canalla para volver a las andadas, poniendo en práctica aquello de borrón y cuenta nueva, y a llorar al río.

Así fueron pasando los días, las semanas, los meses, y con el transcurso del tiempo, los años. La imilla desgarrada que había encontrado aquel sábado de junio del 94, se había convertido en una señorita que hacía y deshacía corazones gatunos en los techos de la cuadra, mientras que Barcino asumía el papel de guarda espaldas, evitando que los *t'anta* galanes quisieran ofrendar sus siete vidas a los pies de la Duvieja.

Ya para entonces ella sabía maullar mimosamente a sus pretendientes disimulando el diente que le faltaba, mientras que el Barcino iba a pasar lista a su harem de pichochas, porque a pesar de no haber sido congraciado como un Adonis, se las sabía arreglar perfectamente para contar entre sus elegidas a una elevada cantidad de beldades de toda clase social, con y sin alcurnia, de abolengo o no, con y sin *gatiegree*.

Cierta mañana en que despertó aburrido de su existencia, al extremo de que ni se mosqueó por desayunar, vino hasta las cercanías del techo de la casa una gatita angora, que fácilmente podía aspirar al título de Miss Mundo con Bigotes. Se la pasó todo el santo día figoneando el patio, para ver si el salvaje del Barcino se dignaba en subir al techo para acompañarla. Pero, como ese día él estaba de un humor de gatos, dejó que la percantita se asolease hasta quedar más bronceada que ratón salido del horno, y siguió durmiendo su mal humor sobre el sillón que estaba en el pasillo.

Mas, mis ilusiones de ser por única vez en mi vida abuelo, nunca se pudieron realizar. La birlocha de

cuernos, adivinando que a mi edad avanzada yo soñaba con criar nietecitos que si iban a ser bien educados y modelo de conducta, se cuidaba celosamente por no meter ninguna de sus patas cuando la cola le estorbaba más de la cuenta, y logró que yo me convirtiese en un abuelo frustrado. No sé quién le habría enseñado a planificar sus cachivaches erótico-sentimentales. Cuando una sospechosa petaquita se asomaba en su vientre, y yo ya estaba pensando en pañalitos, *janantas*, *polkitos*, talcos, y otras vainas, zas, la mañuda desaparecía algunos días, y retornaba más flaca que huelguista del magisterio, débilmente debilucha y con ganas de comer y dormir, mientras que de parte de los futuros nietos no había ni siquiera una postal.

Fue así que tuve nomás que resignarme a ser una especie de abuelo frustrado, porque la muy sinvergüenza parece que estaba con esas macanas de las Mujeres no Criando, y se propuso no darme el gusto de pasar mis años seniles en compañía de seis y tal vez ocho capullitos con piojos, a los que hubiese hecho bautizar y confirmar para que sean dignos descendientes del imperio siamés.

Aunque, pensándolo bien, eso de planificar su descendencia creo que fue una medida acertada de parte de la imilla. Si con una birlocha tenía tremendos problemas, no quisiera imaginar cómo hubiese sido mi existencia batallando con seis u ocho diablillos más. Seguro que hubiese acabado con chaleco de fuerza, o en el mejor de los casos, hubiese desvariado de tal manera, que habría perdido el juicio.

Y la desgracia llegó sin previo aviso. Una tarde de ésas, creo que estaba nublada y una tormenta

amenazaba en el horizonte. la birlocha regresó más temprano que de costumbre. Pero Barcino, rompiendo su rutina, no llegó a la casa. y por más que le coloqué la cena en su plato, llegó el día siguiente y la comida seguía sin haber sido tocada.

Los días comenzaron a pasar lentamente, y no había señales del gato. Ni siquiera la prensa nos traía noticias de su paradero, y como en nuestro país las autoridades no suelen dar preponderancia a la desaparición de animalitos regalones, con el paso del tiempo, tuvimos nomás que resignarnos a la ausencia del gato, siendo una de las más preocupadas la Duvieja, que extrañaba a su maestro de correrías. Sin él a su lado, ella sola tendría que aventurarse por los vecos y recovecos del techo, susceptible de sufrir algún contratiempo nada saludable.

Por el cariño que le teníamos al Barcino, silenciosamente nos hicimos la promesa de que jamás otro gato ocuparía el lugar vacante, porque había sido tan especial en la casa, que hasta los ratones habían tenido que emigrar por otros rumbos, llevándose con ellos a sus ingratas personalidades

Hasta antes de la llegada del Barcino, como estábamos viviendo en una casa más vieja que Matusalén, teníamos que compartir los cuartos con una verdadera multitud de ratones que, a vista y paciencia de los nuevos inquilinos, que éramos nosotros, se paseaban por donde les daba la gana, como si quisieran demostrar que ellos eran los verdaderos dueños del lugar y que nosotros tan solo éramos unos intrusos.

La oportuna llegada de Barcino puso orden a este estado de cosas, y en menos de una semana de dura

batalla donde por poco los ratones piden la intervención de fuerzas de paz de la ONU, aprovecharon las sombras de la noche para emigrar a las casas vecinas. La batalla fue ganada por Barcino, que no recibió ni un rasguño, mientras que las bajas de parte de los ratones sumaban centenares.

Anoticiados estos animalejos de la desaparición de su cancerbero, intentaron regresar para asentarse nuevamente en sus ex dominios. Pero, al sentir la presencia de la Duvieja, lo pensaron mejor, porque tranquilamente podían pasar de invasores al triste papel de lacayos, cosa que sus antecedentes ratoniles no podían permitírselos. Y es que era tan señorial y dominante el porte de la Duvija, que cada ser, humano o animal, que llegaba a conocerla, automáticamente se convertía en su súbdito y caía encandilado a los pies de ella; sino, pregúntenle a su vasallo original.

A medida que pasaban los días, a duras penas pudimos consolarnos por la ausencia del entrañable Barcino. Muchas noches, por los alrededores de nuestro techo venían a merodear sus pichochas y damiselas, ilusionadas por ver a su *t'anta* galán de cuatro patas. Ante la inexistencia de éste, poco a poco empezaron a espaciar sus esperas, hasta comprender que Barcino iba a ser tan sólo un recuerdo más en cada una de sus siete vidas.

La gatúbela soportó con estoicismo la pérdida irreparable. Pero, como ya había aprendido sabiamente las lecciones que Barcino le diera en el tiempo que compartieron aventuras y duchazos, siguió sola sus andanzas, y nuevamente se apoderó del techo y sus alrededores, haciendo llorar a cuanto gato aprendiz de camote se le cruzaba en su camino, mientras su

galeote seguía pendiente de la llegada de los nietos que la muy egoísta a propósito demoraba en traerlos a la tierra.

La verdad es que uno suele cansarse de muchas cosas, y el iniciado en las técnicas esclavísticas un buen día de esos se amotinó bravamente. Como dicho acto merecía ser celebrado, festejó la rotura de sus cadenas yendo de cantinas en chicherías, y de antros en bares, brindando tanto por la salud de los muertos, como por el bienestar de los vivos.

Este festejo duró más de una semana, tiempo en que la gatita enflaqueció un poco (si adelgazaba más quedaba puro huesos) porque le faltaban las atenciones gastronómicas a las que estaba acostumbrada y eso le había cambiado por completo el carácter. Se volvió gruñona, mal humorada, airada, cascarrabias, fregona, alevosa, y de pocas pulgas, cosa que, cuando el esclavo regresó, aparte de alegrarse un poco, le mostró una indiferencia tal, que ni mil carnes asadas podían hacerla cambiar de parecer.

El periodo de abuenamiento duró muchas lunas. La chota se tornó engreída y vanidosa, mientras que el esclavo se desvivía por lograr su perdón. Cuando las cosas llegaron a un estado en que ya no se podía tolerar, se enfrentó a la susodicha y tras increparla duramente (en este aspecto difícilmente podrán tener una explicación los entendidos en la materia), sin maullar ni nada por el estilo, el susodicho puso las cosas en su lugar y volvió a festejar su recién lograda libertad.

La imilla hizo que entendió el putazo recibido, y se fue al techo a tramar sus próximas maldades y aunque las cosas parecían ser desfavorables para ella, poco a

poco volvió a tomar las riendas de la situación. Desde entonces nuevamente ella es la que rige los sinos y destinos de los estantes y habitantes de la casa.

No les cuento más, porque ahora ella está pidiendo a maullazo limpio su comida. Y este su servidor tiene que ir presuroso a cumplir dicha demanda. De lo contrario, las consecuencias pueden ser mucho peor. Que lo tiren al hielo.

## Los que en vida fueron

<i>¿Un regalo de los dioses? (Contra todo prólogo)</i> . . . . .	5
Achaques de la vejez . . . . .	7
La jodiste, compadre . . . . .	10
La mujer de todos . . . . .	14
Esperanza al borde del abismo . . . . .	23
La señora del acuario . . . . .	27
La Yuca de Nerón . . . . .	30
La Flauta Dulce . . . . .	32
No era el puñal sino la herida . . . . .	36
Sobre llovido, llorado . . . . .	40
Llegó sin invitación, y listo . . . . .	43
Que viva la ley . . . . .	44
Suicidio circunstancial (Cuento- <i>k'epi</i> policial) . . . . .	51
El <i>k'epiri</i> . . . . .	55
Ni pal perro . . . . .	66
Siempre sucede lo mismo . . . . .	68
Cada vez que te miro... . . . . .	70
Aplazándose en la plaza . . . . .	72

Elegir o no elegir, <i>that is la prablem</i> .....	76
El T'ojpi Universitario.....	82
El dueño de la cantina.....	84
Las cositas de la Berta.....	87
Una familia feliz.....	92
El Jackson Five.....	96
El Penthouse.....	100
El prontuario de Las Tacas.....	108
Memorias de un esclavo.....	114



### Frases alocadamente enloquecidas

Este calor me está haciendo temblar de frío que da un encanto, porque me falta la gelidez que me daban tus desprecios.

Has tenido tantos amantes, como pliegues tiene tu abdomen.

Han debido ser las doce de la noche, o de lo contrario faltaban doce horas para el nuevo día.

Le abrió el abdomen con tal destreza, que todos podíamos ver que había almorzado horas antes la víctima.

Si mis besos quedarán eternamente marcado en tus labios, no tendrías necesidad de lavarte la boca cada mañana.

Necesito saber si mi ignorancia no te ha entorpecido los pensamientos al extremo de que a cada momento me olvides.

Era tan ateo, que asistía puntualmente los domingos a misa de siete de la mañana, para saber de primera mano qué era lo que el cura (que era su amigo), iba a decir acerca de su inveterada incorvención.

Dentro de la habitación de alojamiento, la mujer gritaba como gata que estaba siendo escaldada.

¡Es el colmo, mi ángel de la guarda quiere vestir uniforme, y parece dispuesto a entrar a trabajar en la guardia pública!

Victor Hugo Viscarra